EDITORIAL SOLERA
ESA
ARGENTINA S. R. L.

SAN MARTIN - BOLIVAR - WASHINGTON

La vida de los varones ilustres cuyos nombres dan título a este volumen son permanente lección de moral cívica, y lección viva y eficaz cuando quien, como José Martí, las evoca con vigor y brillantez. «Corre peligro — dice él — de perder fuerza para actos heroicos nuevos aquel que pierde, o no guarda bastante, la memoria de los actos heroicos antiguos». El mismo Martí es también una vida ejemplar, de cuyo ideario siguen a aquella evocación algunos hermosos fragmentos que revelan la visión y previsión del patriota cubano e incitan a reflexionar sobre cuestiones vitales de nuestra América, que él conocía como pocos en su tiempo.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

PQ7389
.M3 .M2
A5
1945

COLECCION UNIVERSO

JOSE MARTI

SAN MARTIN
BOLIVAR
WASHINGTON

Y OTROS ESCRITOS

PROLOGO Y NOTAS
DE
B. GONZALEZ ARRILI

BUENOS AIRES
EDITORIAL SOPENA ARGENTINA, S. R. L.
ESMERALDA 116
MCMXLV

Derechos reservados
Copyright 1945 by Editorial Sopena Argentina, S. R. L.
Hecho el depósito que marca la ley 11723

PRIMERA EDICION
JULIO DE 1943

SEGUNDA EDICION
ABRIL DE 1945

PRINTED AND PUBLISHED IN ARGENTINE
IMPRIMÉ ET PUBLIÉ EN ARGENTINE
STAMPATO E PUBBLICATO IN ARGENTINA
DRUCK UND AUSGABE IN ARGENTINIEN
IMPRESSO E EDITADO NA ARGENTINA

IMPRESO Y EDITADO EN LA ARGENTINA

P R O L O G O

JOSE MARTI

«Pese a nuestras riquezas, somos en América muy pobres», escribía Darío al ocuparse, todo lloroso, de la trágica muerte de Martí, de Martí que «era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres: era millonario y dadivoso; vaciaba su riqueza a cada instante y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico»... Para su entierro, el nicaragüense pedía para el cubano, como en los bajorrelieves, «flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas», y para darle la despedida, «su propia lengua, su órgano prodigioso, lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros»...

Está un poco lejos ya el día que murió Martí, y está un tanto alejada de nosotros Cuba, tierra donde se le adora por haber escrito con su sangre generosa la estrofa que faltaba en el himno de la emancipación americana.

*

D. Néstor Carbonell ha editado en un volumen cinco conferencias (1) *sobre el autor de los «Versos sencillos». Una de ellas va a servirnos de guía para sintetizar la biografía del héroe de Dos Ríos.*

(1) «Martí. Su vida y su obra», por Néstor Carbonell. La Habana, 1923.

Nació Martí el 28 de enero de 1853. Fué su padre D. Mariano Martí, español, sargento del cuerpo de artillería, y su madre Da. Leonor Pérez, canaria. Al nacer José, desempeñaba el padre el puesto de celador de policía. Las aspiraciones más ardientes de don Mariano y de doña Leonor: ver algún día a Pepe empleado en la misma faena policíaca que «el viejo». Pero no había nacido para eso aquel hijo. Habíase realizado en él el milagro: «de un huevo de paloma nació un águila».

En cuanto supo leer y escribir lo empleó en la celaduría su padre, que creía innecesario que el muchacho aprendiera más de lo aprendido, y en aquella celaduría hubiérase quedado el gran hombre, si un amigo de don Mariano, don Francisco Arazoza, a hurtadillas, no diérale dinero a José para que se matriculase en el Instituto de Segunda Enseñanza. De allí, contando siempre con la oposición paterna, pasó al Colegio San Pablo, que dirigía el poeta Ramón María de Mendive. Contaba Martí catorce años y «de los más dulces tiempos de su vida fueron ésos; y del solaz de ellos vino a sacarlo, sacudiéndole las más recónditas fibras del corazón, el grito de independencia lanzado en Yara», el 10 de octubre de 1868, por Céspedes. Días después redujeron a prisión a su maestro Mendive, que luego fué deportado, y «cuentan que Martí, ansioso de ver a su preceptor, se fué al Gobierno, y sin más recomendación que su persona, consiguió un pase para poderlo visitar; y allí iba él diariamente a llevarle el consuelo de su agradecimiento y su ternura». Cuando Mendive salió para España a cumplir su condena, Martí, a quien la existencia se le quedó por esa causa como sin luz, y sin guía, y sin amparo, empleóse, con el fin de ayudar a su padre, en el escritorio de Cristóbal Madan, continuando sus estudios en el Instituto. Allí, entre clase y clase, reuníase un grupo de estudiantes para hablar de política, y «era siempre Martí el que más hablaba, y con más entusiasmo, de los problemas de la patria». Por aquella época, y al amparo de una ley de libertad de imprenta decretada por el capitán general Domingo Dulce, publicó Martí, en compañía de su

amigo Valdés Domínguez, un periódico titulado «El Diablo Cojuelo», al mismo tiempo que «La Patria Libre», donde insertó por primera vez su poema «Abdalá». No demoraron mucho en tomarlo preso, junto con su socio, y en juzgarlo por un Consejo de Guerra, ante el cual, y en su defensa, pronunció Martí su primer discurso. Tenía dieciséis años, «el bozo en flor y el pájaro en el alma».

Por escribir, seis años de prisión diéronle los jefes, y lo que en ellos sufrió díjolo en su folleto «El presidio político en Cuba», en el que exclamaba: «Dante no estuvo en presidio. Si hubiera sentido desplomarse sobre su cerebro las bóvedas oscuras de aquel tormento, hubiera desistido de pintar el infierno. Lo hubiera copiado y lo hubiera pintado mejor. Si existiera el Dios providente, y lo hubiera visto, con una mano se hubiera cubierto el rostro y con la otra habría hecho rodar al abismo aquella negación de Dios».

Lo deportaron a la isla de Pinos, y más tarde fué enviado a España, en 1871. Vivió en Madrid del producto de unas lecciones particulares, hasta que llegó allí en condiciones iguales a las suyas, pero con dinero, su amigo Valdés Domínguez, y pudo cambiar sus métodos miserables de vida y entregarse de nuevo a sus estudios, a escribir folletos, a pronunciar discursos desde la tribuna de una logia, a hacer versos y a «hablar con sus paisanos de las enfermedades de la patria y de sus curas posibles y necesarias».

En Zaragoza obtuvo el grado de doctor en Derecho a título de suficiencia, y el de doctor en Filosofía y Letras. Así, «a puro esfuerzo, entre flaquezas e impulsos, entre dentelladas y sonrisas, sin morder el mérito ajeno, caminando siempre del lado de los pobres y sin andar de pedigüeño por entre bastidores y escaleras, se hizo hombre el niño bondadoso, el sufrido presidiario, el joven enfermizo y desterrado»...

El año 74 dejó a España. Visitó París, Londres y otras ciudades europeas, pasando a México, donde lo esperaban sus padres y hermanas. Al poco tiempo de estar Martí

en tierra azteca era ya conocido y admirado como periodista, profesor, comediógrafo, orador y poeta. Allí permaneció tres años. Dirigió «La Revista Universal». Los obreros de Chihuahua lo nombraron diputado al Congreso de Trabajadores y el Gobierno lo colmó de atenciones. Martí, sin el grande amor a su patria, hubiera sido en México, como en cualquier otro país americano, conductor de conciencias. Pero la estrella heráldica que lo llevó a morir entre el fragor de una batalla, le seguía como el lamento, como el grito de una madre; «de ahí que un hombre que pudo ser monte coronado de flores, viviera por mucho tiempo errante y vagabundo, sin plantar su tienda, fija su mirada en la isla hermosa, donde no había justicia sin soborno, ni honor sin castigo, ni pan sin mancha».

*

Estando en México quiere volver a Cuba, de incógnito. «Toma un vapor y apenas oculta su nombre, para mentir en la menor proporción (1). *Un pasajero se llama Julián Pérez; es José Martí, que sólo usa sus segundos nombre y apellido». En La Habana visita algunos amigos, indaga, ojea. No hay campo para sus ímpetus. Entonces mira a Centro América. Irá a Guatemala...*

Año 77. Los guatemaltecos lo designan catedrático de Derecho político y director de la mejor revista que entonces aparece. A pedido del gobierno escribió un drama histórico en cuatro actos y en verso. «Hay que amarle y sólo amarle», dicen de él. Una muchacha se enamora del maestro que cuenta veinticinco años y encanta con su palabra y con sus estrofas. ¡Los amores de Martí! Los ha descripto con encantadora verdad don Antonio Iraizoz. Nosotros mismos, alguna vez, glosando ese trabajo, hablamos de ellos. Cuando María García Granados toca el piano junto a Martí y comienza a tejer su tela el amor, Martí, que es caballero, recuerda que tiene dada su palabra a otra mujer que está en México, a Carmen Zayas

(1) «Martí», por Andrés de Piedra-Bueno. La Habana, 1939.

Bazán. Y en cuanto obtiene una licencia se va, a casarse... Al regresar, «la niña de Guatemala» se muere:

«...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor;
Dicen que murió de frío,
Yo sé que murió de amor...»

le canta poco después, con el alma desgarrada.

Cuando cometen con él una injusticia, renuncia a su cátedra y se vuelve a Cuba. Trabaja como abogado, en el estudio de dos amigos, pues él no quiere jurar su título. Su casa se convierte en un centro de conspiración y un templo de arte. El Capitán general de la isla por aquellos días, después de escucharle un discurso, opina que Martí es un loco peligroso. Lo vigilan desde entonces. Le nace un hijo: Ismaelillo, el de los «Versos».

«Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blondas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras:
¡Vuelan, brillan, palpitan,
Relampaguean!
El para mí es corona,
Almohada, espuela...»

El «loco peligroso» habla, escribe, empuja, reúne a los patriotas. Vuelven a deportarlo. Lo llevan a la península. Escapa a París. De allí se va a Nueva York y reanuda su trabajo por la revolución, que esta vez culmina con el desembarco en Cuba de Calixto García. Y fracasa. Entonces se va a Venezuela. En Caracas da clases de oratoria a una juventud que lo adora. El siembra. Y luego se marcha, sin esperar la cosecha.

Vuelve a la ciudad yanqui. En diez años es dependiente de una casa de comercio, en la que lleva los libros de contabilidad y contesta su correspondencia en español y portugués; es redactor de «The Sun»; corresponsal de varios periódicos de América, entre ellos «La Nación» de Buenos Aires, donde escribía kilométricas epístolas, verdaderos estudios filosóficos y literarios de asuntos y hombres de los Estados Unidos, que leían aquí con curiosidad y atención, Mitre y Sarmiento; traduce libros para la casa editora «Appleton»; redacta las revistas «La América» y «El Economista Americano»; dirige «La Edad de Oro», una revista exclusivamente dedicada a los niños; da clases en «La Liga», sociedad de los necesitados de cariño y hambrientos de sabiduría; es representante consular de tres naciones: Uruguay, Paraguay y Argentina. Rubén Darío, cuando lo cataloga entre «Los Raros», y refiriéndose a sus años de vida neoyorquina, nos dice: «su labor aumentaba de instante en instante, como si activase más la savia de su energía aquel inmenso hervor metropolitano. Y visitando al doctor de la Quinta Avenida, al corredor de Bolsa, y al periodista, y al alto empleado de «La Equitativa», y al cigarrero, y al negro marinero, a todos los cubanos neoyorquinos, para no dejar apagar el fuego, para mantener el deseo de la guerra, luchando aún con más o menos claras rivalidades, pero, es lo cierto, querido y admirado de todos los suyos, tenía que vivir, tenía que trabajar, y entonces eran aquellas cascadas literarias que a estas columnas de «La Nación» venían y otras que iban a diarios de México y Venezuela». No hay duda que ese tiempo fué el más hermoso tiempo de Martí. Entonces fué cuando se mostró su personalidad intelectual más bellamente... En aquellas epístolas, «aparecía Martí pensador, Martí filósofo, Martí músico, Martí poeta siempre. Con una magia incomparable hacía ver unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas. Aquella «Nación» colosal, la «sabana» de antaño, presentaba en sus columnas, a cada correo de Nueva York, espesas inundaciones de tinta. Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divier-

ten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real».

*

Su idea fija, obsesionante, era la libertad de la isla bienamada. En todos sus magníficos discursos ella aparece. En uno sobre el poeta Heredia, dice: «Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, ¿qué hacen en la playa los caracoles que no llaman a guerra a los indios muertos?

Proclamado el año 1892 el Partido Revolucionario Cubano, fué designado Martí delegado, cargo que llevaba en sí la suprema dirección de los trabajos de la corporación. Por ellos, de Nueva York pasó a Costa Rica a entrevistarse con los generales Antonio y José Maceo, y con Flor Crombet. En Costa Rica habló y fundó clubes, pasando luego a México, para despertar el entusiasmo patriótico de los cubanos. Encargó a Máximo Gómez el ramo de la guerra, diciéndole en la carta con que lo invitaba, que no tenía más remuneración que ofrecerle «que el placer del sacrificio y la ingratitud probada de los hombres»; invitación a la que el general contestó aceptando y a la que Martí correspondió yendo a visitarlo a Santo Domingo, de donde volvió a Nueva York, convirtiendo su vida en vértigo. «Escribía «Patria», el periódico que fundó junto con el Partido Revolucionario; contestaba una numerosa correspondencia; visitaba clubes; escribía artículos de propaganda, en inglés, para revistas de Filadelfia y Nueva York, y pronunciaba discursos. Relámpagos parecía tener aquel hombre por músculos, tal era la prisa en que vivía. Increíble parece que aquel cuerpo flaco y pequeño, encerrara dentro de sí espíritu tan gigantesco y tan fuerte, hecho a golpes de zarpas y a caricias de alas, capaz de abrir surcos y levantar cimientos, y capaz de poemizar el dolor e idealizar el martirio; apto para abrigar una tempestad y para echarse todo entero en el cáliz de un jazmín».

*

Fracasada la intentona de Purnio — 1893 —, Martí se encuentra muy quebrantado de salud. Poco después, los pronunciamientos de Lajas y Ranchuelo, fueron nuevos golpes dados a su poco robusto físico. Pero su espíritu no flaqueaba con la carne mortal y su tarea no disminuyó gran cosa. Terminaba el año 94 y teniendo ya todo dispuesto para la lucha, pedía a los cubanos ricos su contribución pecuniaria. A uno de ellos le decía: «Todo minuto me es preciso para ajustar la obra de afuera con la del país. ¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado y con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando usted con este gran favor puede darme el medio de bastar a todo con holgura, y de cubrir con mi serenidad los movimientos? Si le escribo más me parece que le ofendo. Usted es hombre capaz de grandeza; ésta es su ocasión. ¿Le prestaría a un negociante 5.000 pesos y no a Cuba? Déme una razón más de tener orgullo de ser cubano»...

A otro cubano a quien solicitaba dinero para su Cuba, decíale: «...Yo voy a morir si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como usted me hayan amado. No sé decirle adiós. Sírvame como si nunca más debiera volverme a ver»...

*

Todo se dispuso, y a principios del año 95 tres barcos cargados de armas y pertrechos estaban para salir de Fernandina, cuando las autoridades los detuvieron. Un traidor había vendido el plan de Martí. Debió éste de escapar de Fernandina y volver a Nueva York. Pudo salvar una parte de las armas apresadas y el 29 de enero escribió la orden de levantamiento para los jefes de la revolución de Cuba, y el 31 salió en compañía de los generales Mayía Rodríguez y Collazo para Santo Do-

mingo, con el fin de unirse allí con Máximo Gómez. Se detuvo en Cabo Haitiano, en donde pasó varias semanas de zozobra, rodeado de malvados e impotentes. Allí fué a moverle con furia el espíritu, la noticia del levantamiento del 24 de febrero, la noticia de que ya en su tierra se peleaba, cumpliendo órdenes suyas, por el decoro y la libertad. Los días transcurrían desesperantes para Martí, sin poder embarcar, oyendo con la imaginación el estruendo de la lucha distante. Fué en aquellos días que escribió su «testamento político» en carta dirigida al gran dominicano Federico Henríquez y Carvajal, que se copia más abajo. Fué también en aquellos días que Martí escribió su última carta a la madre ausente:

«Madre mía: Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Usted se duele en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida: y ¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre. Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí. Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame y creo que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición. Su *Martí.*

»Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.»

La carta para Henríquez y Carvajal, dice así:

«Amigo y hermano: tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y el decoro, que la expresión queda como vedada o infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que no las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria

va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado (1). Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto de deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz, a pisar, con mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo — aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como fuera —, cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.

»Donde esté mi deber mayor, adentro o fuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república.

»La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra.

»La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno, que, sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan y permitan el desarrollo natural y ascendente a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuere bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.

»Yo evoqué la guerra; mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama la Patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua.

»Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la indepen-

(1) Alude a la salida con él del general Máximo Gómez.

dencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y yo a rastras con mi corazón roto.

»De Santo Domingo, ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta a Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió y alrededor mío palpitó a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de los Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

»Me arranco de usted, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama le digo en un gran grito: ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

»Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este universo humano. Levante también la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.

«Su *José Martí.*»

*

«Hasta hoy no me he sentido hombre», son las primeras impresiones de Martí al pisar Cuba. «He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio. Es muy grande mi felicidad; sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decir que llegué al fin, a mi plena naturaleza; y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga la dicha con dulce embriaguez. Sólo la luz es comparable a mi felicidad».

Pisó tierra cubana con sus compañeros el 11 de abril. Cerca de la costa permanecieron hasta el 16, en que sa-

lieron con dirección a Guantánamo. Los españoles, sabedores de la llegada de los expedicionarios y de que rondaban por esos lugares, les salieron al encuentro en número de cuatrocientos hombres. Y el día 27, por suerte, estando ya Martí y los suyos con las fuerzas de Garzón y Mariano Suárez, y José Maceo, que asumió el mando de todas, fueron atacados por el enemigo. De este encuentro contaba Martí: «Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de un niño. ¿Por qué me vuelvo a acordar ahora de la larga marcha — para mí la primera marcha de batalla —, que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valiente y sencillo José Maceo? Porque fué muy bella y quisiera que ustedes la hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones y los seres que me son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos aún los pocos de la expedición de Baracoa, los seis y los que se nos fueron uniendo, revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma, esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo; trescientos teníamos, pero sólo pelearon cien. Ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertos en brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nos esperan cubanos triunfadores; se echan de los caballos abajo; nos abrazan y nos vitorean; nos suben a caballo y nos calzan las espuelas. ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro?»... «Ya duerme el campamento; al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y al revólver, y de almohada mi capa de hule; ahora, hurgo el jolongo, y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas las estrellas... a las tres de la madrugada! A las cinco, abiertos los ojos... A cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete y el corte de palma en que escribo, para

adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o de casualidad, se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño, que es otro milagro, en el que ando con tacto y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir que embellece, por entre palabras pícaras, y disputas, y fritos y guisos, esta vida de campamento».

*

La marcha de Martí por los campos de Cuba fué triunfal. «Por donde que pasaba iba sembrando — como dicen que proclamaba José Maceo —, vergüenza y alegría». «Más de diez veces, anota Carbonell, habló Martí a las fuerzas cubanas y siempre les dejó la mente en alto y el alma contenta. Todavía viven algunos de los que oyeron a caballo y con la mano a la cintura, su elocuencia arrebatadora; todavía viven algunos de los que le vieron sin cansancio y sin fatiga andando con el rifle al hombro por las montañas agrias, por los pedregales ásperos, por los ríos crecidos, por las ciénagas espantables».

Su extraordinaria actividad se sintetizó en los días que mediaron entre febrero y mayo de 1895. Su labor literaria, es, sin duda, grande, pero la labor patriótica efectuada en sus últimos tiempos, fué mayor. «Recoger el legado terrible de las insurrecciones anteriores — dice Lugo (1) *—; derivar de estos desastres provechosas enseñanzas; pesar los errores políticos de la metrópoli y su incapacidad para modificar el sistema del gobierno colonial; estudiar profundamente la naturaleza del pueblo cubano; fundir preocupaciones de raza en el fuego de fraternal amor; unir cordialmente los elementos que pa-*

(1) Américo Lugo. Prólogo a «Flor y Lava». París, 1910.

recían más antagónicos; contener el ímpetu de los impacientes, animar a los desesperanzados, persuadir a los descreídos; organizar las agrupaciones de emigrados, disciplinarlas en el cumplimiento del deber patriótico, electrizarlas con la magia de su elocuencia; reanimar en lo interior de la postrada Isla el fuego casi extinto de la insurrección y propagarlo con admirable sigilo; crear recursos, constituir el Partido Revolucionario; enseñar al pueblo a ser patriota, educarlo para la libertad, adiestrarlo para la lucha, instruirlo en los peligros; investirlo de prudencia y de constancia, inculcarle los métodos republicanos, influirle el espíritu de sacrificio; galardonarlo con el decoro, inflamarlo con el heroísmo; recorrer un continente, conmoverlo, evocar sus héroes, golpear sus ruinas; arrancarle, en fin, su secreto al destino, agitar el mundo y fijar en el espacio azul la estrella solitaria con la sola fuerza de su brazo y de su genio, tal fué la obra magna, estupenda, sin igual, realizada por Martí»...

*

«Corre aire heroico», exclama.

Un mediodía, de bochorno, se oyen en el campamento unos tiros. Vienen fuerzas españolas, de sorpresa, por culpa de la cobardía de un mensajero. Todos se preparan para la lucha. Martí se une a los demás. El general Gómez le ordena, cariñoso:

—Martí, retírese. Este no es su lugar...

No era su lugar, era «su hora». Monta a caballo, empuña sus armas y a un joven que se le acerca, le dice:

—Vamos a la carga...

Y en el avance, contra el enemigo, entre el humo y el polvo, se pierde.

Un balazo lo desmonta. Se lleva una mano a la altura del corazón...

«La sangre de los buenos no se vierte nunca en vano.»

¡Cuba fué libre!

*

Otras figuras americanas se esfuman o se debilitan, resistiendo «cada vez menos la prueba total del interés: la de Martí se enardece. Sus páginas apresuradas cobran valor de perennidad (1), *y hasta sus cartas revelan «un hombre y un maravilloso escritor», conforme lo advirtió Unamuno. ¿Qué no hubiera escrito Martí, el elegido de las musas, teniendo tiempo y vagar? Fué abogado, conforme lo confesó, para auxiliar su casa pobre, pero sus estudios dilectos fueron la filosofía y las letras, que apenas le sirvieron para «dejar flotando en el aire su mensaje diáfano y pujante».*

Pocos estilos literarios como el de Martí. Se lo tachan de esmerado y pulcro, y es el mismo cuando lo trabaja y retoca en días de calma, que cuando garabatea unas líneas en viaje, entre el rumor de una fonda y en campaña, al lado del caballo en el que va a partir. Se anticipa a críticas que le van a ser formuladas mucho después, «porque sabe que se le tachará de arcaico unas veces y de neólogo otras — dice Lizaso —, pero poco le importa esta censura a quien lo antiguo, cuando bueno, lo tiene por inmejorable y se siente capaz de crear lo nuevo cuando es necesario»..., porque «es preciso salvar lo antiguo glorioso junto con lo nuevo increado, teniendo el molde listo para el advenimiento del nuevo hombre americano, con el criterio de trabajar para el futuro, porque América lleva en sí fuerzas capaces de un destino nuevo y superior».

¡Gran verdad! Día llegará en que se encarne en nuestro espíritu, y entonces dejaremos de caminar mirando viejos y gastados moldes.

El escritor cubano Santovenia acaba de publicar un libro sobre Sarmiento y Martí, paralelo de sus vidas. Leyéndolo se advierte la semejanza de ambos grandes hombres de América, y con aciertos como éste: acepta-

(1) Félix Lizaso. «Pasión de Martí». La Habana, 1938.

ron la función de constructores con cabal conciencia de su responsabilidad; vivieron en tiempos de centelleo y combate; su consigna fué la de andar hasta vencer; su gloria, más que en ganar batallas, estuvo en fundir elementos desemejantes y hostiles... (1). *Imaginativos y exaltados, fueron reputados por locos. Ahora sabemos que ambos eran cuerdos, pero que soñaban: soñaban porvenir.*

*

La bibliografía martiniana es ya abundantísima. En Cuba, durante estos últimos años, apenas hay escritor que no le dedique lo mejor de sus afanes, y en la mayoría de ellos se advierte la influencia de su estilo.

A Martí se le han anotado sus Efemérides (Félix Lizaso). Se ha reseñado su vida (Gonzalo de Quesada, Iraizoz, Carbonell, Piedra-Bueno). Se ha realizado su pequeña iconografía. Se ha comenzado a compilar fragmentos de sus prosas diversas para formar su «ideario». Se han reunido sus cartas, sus versos, sus artículos periodísticos, sus anécdotas. Se le ha estudiado desde diversas atalayas. Como orador (Domingo Estrada); como político (Enrique José Varona); como revolucionario (Manuel Sanguily); como hombre espiritual (Santiago Argüello); como idealista (José Manuel Cortina); como apóstol (Vargas Vila); como hombre múltiple, obrero, tribuno, poeta, luchador, mártir (Arturo R. de Carricarte); como literato (Raimundo Lazo); como amador, como pedagogo, como agrario (Antonio Iraizoz), y parangonándolo con Bolívar, con Mazzini y con Sarmiento, en sendos volúmenes, el ya citado Santovenia.

La nómina es reducida, porque no cito sino lo que conozco, y desde aquí, ya se sabe, no es cosa fácil obtener libros editados en nuestra América.

(1) Emeterio S. Santovenia. «Genio y acción. Sarmiento y Martí». Edición de «Trópico». La Habana, 1938.

*

Ahora comienza a leerse a Martí entre nosotros; dicho mejor, recomienza, porque se le leía, como ya se vió, hace medio siglo, en las páginas de «La Nación». La grata tarea se realiza, lógicamente, en Colegios y Liceos, señalándose su nombre a los profesores de literatura junto con otros autores americanos, para que se les lea y comente en clase. La próxima promoción de bachilleres ya contará a su favor siquiera sea ese vistazo a algunas páginas del extraordinario prosista. Felicitémonos los amantes de América, de la literatura y... de los bachilleres.

Tropiézase, empero, con la carencia de libros de Martí para dar a leer a los estudiantes. Con intención didáctica ha sido hecha esta selección de sus prosas; sus versos merecen otra, aunque no de tanta urgencia. Es Martí autor que puede y debe ponerse en manos de los jóvenes, por el afán patriótico que lo inspiró y por el ímpetu vital con que entró y permanece en la literatura americana. Es hombre de vida y obra ejemplares. Los tres primeros trabajos que integran este volumen nos sirven para darle título: «San Martín, Bolívar, Wáshington». Es una reunión de nombres gloriosos, caros a nuestros sentimientos — hoy más que nunca —, y es de advertir a nuestra juventud que a ellos puede agregarse, sin desmedro, el preclaro nombre de Martí.

B. González Arrili.

Buenos Aires, enero de 1941.

SAN MARTIN

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fué sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: «¡Murcia!» Era el niño pobre de la aldea jesuíta de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento a los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre a su espada, fué por Maipú a redimir el Perú; se alzó protector de Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores. Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura, visible o disimulada, hasta que por su yerros se vió minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, a la orilla de uno de los ríos portentosos de América; aprendió a leer en las faldas de los montes,

criado en el pueblo como hijo del señor, a la sombra de las palmas y de los urundeyes. A España se lo llevaron a aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y a los doce años el niño «que reía poco» era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinta y cuatro años, a pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crió en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan y sistema por la independencia de América; y a las órdenes de Daoiz y frente a Napoleón aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original; contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más que la fama de su arrojo, ni pide más que «unidad y dirección», «sistema que nos salve de la anarquía», «un hombre capaz de ponerse al frente del ejército». Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. «No hay ejército sin oficiales». «El soldado, soldado de pies a cabeza». Con Alvear, patriota ambicioso de familia influyente, llegó San Martín de España. A los ocho días le dieron a organizar el cuerpo de granaderos montados, con Alvear de sargento mayor. Deslumbra a los héroes desvalidos en las revoluciones, a los héroes incompletos que no saben poner la idea a caballo, la pericia del militar de profesión. Lo que es oficio parece genio; y el ignorante generoso confunde la práctica con la grandeza. Un capitán es general entre reclutas. San Martín estaba sobre la silla, y no había de apearse sino en el palacio de los virreyes del Perú; tomó los oficiales de entre sus amigos, y éstos de entre la gente de casta; los prácticos, no

los pasaba de tenientes; los cadetes, fueron de casas próceres; los soldados, de talla y robustos; y todos, a toda hora «¡alta la cabeza!». «¡El soldado, con la cabeza alta!». No los llamaba por sus nombres, sino por el nombre de guerra que ponía a cada uno. Con Alvear y con el peruano Monteagudo fundó la logia secreta de Lautaro, «para trabajar con plan y sistema en la independencia de América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia»; para que, «cuando un hermano desempeñe el supremo gobierno, no pueda nombrar por sí diplomáticos y generales, ni gobernadores, ni jueces, ni altos funcionarios eclesiásticos o militares»; «para trabajar por adquirir la opinión pública»; «para ayudarse entre sí y cumplir sus juramentos, so pena de muerte». Su escuadrón lo fué haciendo hombre a hombre. El mismo les enseñaba a manejar el sable: «le partes la cabeza como una sandía al primer godo que se te ponga por delante». A los oficiales los reunió en cuerpo secreto; los habituó a acusarse entre sí y a acatar la sentencia de la mayoría; trazaba con ellos sobre el campo el pentágono y los bastiones; echaba del escuadrón al que mostrase miedo en alguna celada o pusiese la mano en una mujer; criaba en cada uno la condición saliente; daba trama y misterio de iglesia a la vida militar; tallaba a filo a sus hombres; fundía como una joya a cada soldado. Apareció con ellos en la plaza para rebelarse con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros. Arremetió con ellos, caballero en magnífico bayo, contra el español que desembarcaba en San Lorenzo la escuadrilla; cerró sobre él sus dos alas; «a lanza y sable» los fué apeando de las monturas; preso bajo su caballo, mandaba y blandía; muere un granadero, con la bandera española en el puño; cae muerto a sus pies el granadero que le quita de encima el animal; huye España, dejando atrás su artillería y sus cadáveres.

Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, «que gobernaba al gobierno», pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín con los hombres políticos: «existir es lo primero, y des-

pués ver cómo existimos»; «se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos»; «hay que echar de aquí al último maturrango»; «renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos; «háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres»; «esta revolución no parece de hombres, sino de carneros»; «soy republicano por convicción, por principios, pero sacrifico esto mismo al bien de mi suelo». Alvear fué de general contra los españoles de Montevideo, y a San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño a levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente a Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquél era su pueblo; de aquel destierro haría él su fortaleza; de aquella altura se derramaría él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército con que los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vió, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡mientras haya en América una nación esclava, la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta con que ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo u otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba como todos ellos por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que sólo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América, que lo llevaría a la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó a sus ojos las diferencias, útiles a la libertad, de

los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza; y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo sólo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree e impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la comarca contenta se reconocía; y vino a ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta al gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo extremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar a América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria; pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía por que herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina — entre el puchero y el cigarro negro —, dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra trajinada parecía un jardín; blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo; bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía; los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos a fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos

tiradores el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas a sus puertas; el que en los conflictos de justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que sólo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: «aquí no hay más obispo que yo; predíqueme que es santa la independencia de América». Al español: «¿quiere que lo tenga por bueno?, pues que me lo certifiquen seis criollos». A la placera murmurona: «diez zapallos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas». Al centinela que lo echa atrás porque entra a la fábrica de mixtos con espuela: «¡esa onza de oro!». Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que empeñó a los españoles: «¡se las desatará el último suplicio!». A una redención de cautivos la deja sin dinero «¡para redimir a otros cautivos!». A una testamentaría le manda pagar tributo: «¡más hubiera dado el difunto para la revolución!». Derrúmbase a su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana. Venía Morillo; caía el Cuzco; Chile huía; las catedrales entonaban, de México a Santiago, el *Te Deum* del triunfo; por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como jirones. Y en la catástrofe continental decide San Martín alzar su ejército con el puñado de cuyanos, convida a sus oficiales a un banquete y brinda, con voz vibrante como el clarín, «¡por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!»

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando a su gobernador, que parece ceder ante el que viene a reemplazarlo; que menudea ante el Cabildo sus renuncias de palabra; que permite a las milicias ir a la plaza, sin uniforme, a pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, a quien osa venir a suceder con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene a Cuyo; al que no pue-

de renunciar a sí, porque en sí lleva la redención del continente; a aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria; de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio; de los chacareros, que le traían orgullosos el maíz de siembra para la chacra de la tropa; de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín a los cuyanos, y la raíz que sale al aire paga contribución; pero les montó de antes el alma en la pasión de la libertad del país y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos viejos: por acuerdo de los decuriones del Cabildo. Cuyo salvará a la América. «¡Denme a Cuyo, y con él voy a Lima!». Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el Cielo a quien le pone en el Cielo. En Cuyo, a la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos; dinero, el de los cuyanos; carne, el charqui en pasta, que dura ocho días; zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine; ropa, de cuero bataneado; cantimploras, los cuernos; los sables, a filo de barbería; música, los clarines; cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala a bala; les toma el peso; les quita el polvo; las vuelve cuidadosamente a la pila. A un fraile inventor lo pone a dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas; y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el Código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque «no hay ejército sin oficiales matemáticos». Por las mañanas, cuando el sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el campamento abierto en el bosque, a los chispazos del sable de San Martín, los pe-

lotones de reclutas, los granaderos a caballo, sus negros queridos; bebe de su cantimplora; «¡a ver, que le quiero componer ese fusil!»; «¡la mano, hermano, por ese tiro bueno!»; «¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!». O al toque de los clarines, jinete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: «¡recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen sólo se hacen en el campo de instrucción!». Echa los oficiales a torear: «¡estos locos son los que necesito yo para vencer a los españoles!». Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma a seis mil hombres. Un día de sol entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Virgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue a los tambores, el pabellón azul: «¡Esta es, soldados, la primer bandera independiente que se bendice en América; jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!»

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en piaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de la artillería, con las dos mil balas de cañón, con los novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, a los flancos. Delante va Fray Beltrán, con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar a los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escalando, pecho a tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van a caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco, como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. A los pies, en las nubes, vuelan los cóndores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer a su ejército reconcen-
30 trado! San Martín se apea de su mula, y duerme en el

capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Solor, ganó, a son de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, los había acorralado colina a colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el mediodía cuando, espantado el español, reculaba ante los piquetes del valle, para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba a los artilleros sobre sus cañones. Cae todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió a Chile y aseguró a América la libertad, escribió San Martín una carta a «la admirable Cuyo» y mandó a dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; a Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, «porque tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político»; coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar a Lima mientras que la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los «¡pobres negros!» que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara a su amigo O'Higgins, a quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina, desde su casa de triunfador en Santiago —donde no quiere «vajillas de plata», ni sueldos pingües—, el poderío del virrey en el Perú; suspira, «en el disgusto que corroe su triste existencia», por «dos meses de tranquilidad en el vir-

tuoso pueblo de Mendoza»; arenga a caballo, en la puerta del arzobispo, a los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Maipú.

Del caballo de batalla salta a la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia fuerza a Buenos Aires, azuzado por la logia, a que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar a uno de la logia a buscar rey a las cortes europeas —a tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cochrane, ausente de su pueblo «por no verlo oprimido sin misericordia por la monarquía»—, a tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido a sus demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando a O'Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cochrane le había, con sus correrías hazañosas, abierto el mar a la expedición del Perú; cuando iba por fin a caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y a asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires a rechazar la invasión española que creía ya en la mar, a defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, a apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la bandera chilena, a sacar al español del Perú, con su patria desecha a las espaldas. «¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!»; de esta campaña «penden las esperanzas de este vasto continente»; «voy a seguir el destino que me llama»...

¿Quién es aquél, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por de-

creto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir en la banda de las damas limeñas «al patriotismo de las más sensibles»; el «emperador» de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el «rey José» de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la «Sociedad Patriótica» cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba a Europa a un dómine a ojear un príncipe austríaco, o italiano, o portugués, para el Perú. ¿Quién es aquél, que sale solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá, barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín, que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque «la presencia de un militar afortunado es temible a los países nuevos, y está aburrido de oír que quiere hacerse rey»; que deja el Perú a Bolívar, «que le ganó por la mano», porque «Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra a los maturrangos». Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega a Chile, con ciento veinte onzas de oro, para oír que lo aborrecen; sale a la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, a una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la ambición.

Se vió entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que

cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vió en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía a un amigo; legó su corazón a Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

San Martín. — Este capítulo, magnífico como literatura, muy equivocado como historia, es uno de los tantos que debía escribir Martí para cumplir con su sagrada y dura misión de publicista. Lo hizo para el álbum de «El Porvenir», según la indicación pertinente del compilador de «Flor y Lava».

BOLIVAR

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fué como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fué el de nuestra redención, su lenguaje fué el de nuestra naturaleza, su cúspide fué la de nuestro continente; su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona; ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mundo. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella; ¡de Bolívar se pue-

de hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio; ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huídos, vió claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fué aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que, al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía y se puso de gala, porque «es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria»; mujer fué la colombiana, de saya y cotón, que, antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres; mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: «jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes»; mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él; mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador; mujeres las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfu-

recida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la Naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fué aquél en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza? Siglos, ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿No desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el Sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el Cielo, y él será, sin duda, de él. Ya

ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas; y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta, del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña; porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fué como su horno. Aun cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo la sotana de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norte América el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto, y el cholo, y el llanero, todos tocados en su punto

de hombre; en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque de las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando... ¡Ni de Rousseau ni de Wáshington viene nuestra América, sino de sí misma! Así, en las noches aromosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guió tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! El vió, sin duda, en el crepúsculo del Avila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza; la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo; pasa Tupac Amaru; el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma; dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa a donde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva; en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo; y Berbeo pasa, más muerto que ninguno — aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo —, porque, para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria; y de esta alma india y mestiza y blanca, hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez de ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fué regando de repúblicas la artesa de

los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El Cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas; ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras almas, o huían despavoridos por el Cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El Cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura: de las eternas nieves ruedan, desmontadas, las aguas portentosas; como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos; por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española; los cráteres humean, y se ven las entrañas del Universo por la boca del volcán descabezado; ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! ¡Unos cabalgan por el llano y caen al choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido; otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora! ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que

le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dormán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la Naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fué en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: «¡José! ¡José!, vámonos, que de aquí nos echan; ¿a dónde iremos?» Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo; acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales de decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, sólo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vió que la unidad de espíritu indis-

pensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad; acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y el sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas; erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, los mueve a arrostrar por ella hasta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia de gobierno local y con la gente de la casa propia! «¡José! ¡José!, vámonos, que de aquí nos echan; ¿a dónde iremos?»...

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los

pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano patente en lava blanda, dió Bolívar a las ideas-madre de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fué aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿A dónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas; iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado; los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, llameaban en la cúspide de la América resucitada; estallan los morteros a anunciar al héroe; y sobre las cabezas, descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes. ¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

Bolívar. — Fué en su origen un discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, el 28 de octubre de 1893.

WASHINGTON

Salen las manos como consagradas de revolver las páginas viejas, donde están, como con su voz y sus vestidos de paño y encaje, los hombres que se pusieron por columnas, sin temer el peso ni contar la fatiga, a la casa más amplia que se ha sabido labrar aún el decoro humano. Quedan ante ellos como enanas y sin sentido, como procesiones de anca y luminarias de feria las fiestas con que New York ha celebrado el primer centenario de su obra, los arcos de triunfo, las paradas marciales, el baile desordenado, el gentío ejemplar, el banquete magnífico, la oración fulmínea y profética del obispo de los protestantes en el templo, rodeado de huesos de héroes, donde después de jurar la presidencia vino a postrarse ante el Padre Benigno, temblando de miedo, aquel ante quien a menudo temblaban los hombres, y pedía perdón al ofendido con la misma mano colosal donde se aplastaron las balas del indio, tropezó el caballo triunfante del inglés, y saltó en pedazos la corona que quiso darle su tropa descontenta: aquella mano de Wáshington, «que era una curiosidad», tan grande que le tenían que hacer el guante a la medida, torpe en los versos de amor, cuando en las penas del desdén de Betsy pide al sueño refugio contra sus inveterados enemigos, y más firme y certera que mano alguna de hombre cuando guía en salvo a su patria naciente por entre los celos del mundo y las propias pasiones; aquella mano huesuda de jinete de más de seis pies, que aprendió, domando todos los caballos del contorno, a sujetar sus

iras, y dominó con el desinterés, en la hora revuelta de la constitución del país, las envidias locales que se habían comido, con dientes de fiera, el lazo flojo que ligó a los trece Estados, y los ímpetus despóticos con que quiere encadenar la libertad la tropa que había ayudado a conquistarla. Para Wáshington ha sido, al cabo de un siglo, la apoteosis destinada a la Constitución que ató con más firmeza a los trece Estados deshechos y dió un gobierno equitativo y fuerte a las colonias celosas, cuya ruina acechaban, con el veneno en la sonrisa, los pueblos tiránicos donde se erguía ya, mirando a América, el hombre oprimido. Por Wáshington llegó a su término la guerra con toda la fuerza de la ley, sin que la milicia, sólo enfrenada por aquella mano, se echase sobre el Congreso flaco y mandarín, que pagaba los sueldos con reprimendas y decretos, y andaba con la silla al hombro, sin que los Estados reunidos en él le reconocieran más que una autoridad aparente, que hiciese de gobierno ante el mundo, sin cobrarles tributo ni mermarles en un ápice la autoridad local, que cada Estado ponía por sobre la de la República, a que no querían dar ente ni fuerza. Por Wáshington volvió a sus faenas de hombre trabajador el ejército colérico y clamoroso que aprendió en él a deponer ante la ley la espada que pudo emplear en asesinarla. Por Wáshington llegaron a juntarse en la Convención de Filadelfia los representantes encargados de imaginar una nueva manera de gobierno, en que el pueblo quedase como uno, según lo quiso y dijo la declaración de independencia, sin que perdiesen los Estados aquella soberanía, ya a medio desmoronar, que siempre defendieron con frenesí, ni delegasen de ella más que lo indispensable para no caer en nueva esclavitud. Por Wáshington, que sabía balbucear, se salvó, en la hora sublime en que dijo sus frases de padre, el proyecto de constitución que la furia de los convencionales tenía ya echado abajo. Por Wáshington, que juntó sobre su corazón a los partidos hostiles, salió triunfante de sus primeras pruebas la constitución, que sólo a regañadientes aprobaron los Estados recelosos. «Por eso la

aprobamos, como experimento, porque el Presidente va a ser Wáshington». Entre cañones y campanas nació por fin el Congreso que mandó a Thompson a sacar de su paz de Mount Vernon al que vino a New York a jurar en la Biblia ser buen presidente, por entre arcos de laurel y sobre hojas de rosa. Le sacaban los hijos, a que los bendijese con la mirada. Le escondían en un arco al niño que le puso al pasar una corona en la frente. Salían a recibirlo con pompa marcial, y con coros de vírgenes. En la punta de Elizabeth se embarcó para New York, toda llena de júbilo y banderas, en un bote donde iban de remeros trece capitanes. A media bahía vino cantándole una oda una barca enflorada. Se le fueron detrás, cañoneando y vitoreando, las carboneras poderosas, las barcas de tres velas, las corbetas galanas. El aire era oro, un grito la bahía, las caras rosas.

El iba «como un reo va al suplicio, pensando en la amargura de la vuelta, si no le da buen éxito tanta fatiga y deseo de hacer bien». Las tortugas seguían el bote, sacando la cabeza, como para ver «la razón de aquella felicidad». ¡Al cabo de cien años, la milicia que formó para celebrar la constitución, era en número doble que la ciudad toda que vió las fiestas de la primera jura, cuando él, que había vencido al inglés, no pudo, al sentir sobre sus hombros la nación, vencer sus propias lágrimas! Y por espontáneo acuerdo declara la ciudad que debe levantarse, en memoria de este primer siglo, un arco de mármol. «¡Temed, dijo el obispo, que de tanto adorar la riqueza, y de comerciar con la política, seamos de aquí a un siglo más un pueblo de gusanos!»

*

«¿De qué está hecho el hombre, Dios bondadoso, que al día siguiente de derramar su sangre por el gobierno en que vive, por un gobierno que él mismo imagina y establece, se dispone a desenvainar el acero para volcarlo?» Así exclamaba Wáshington, poco después del día famoso en que devolvió su espada vencedora al Con-

greso, en carta a aquel Humphreys que tenía a su jefe por persona más divina que humana, y lo puso en trabajos cuando le sirvió luego de edecán en la presidencia, porque al pueblo no le parecía bien que diera el coronel tantas voces, como si viniera Dios mismo, cuando pedía paso para la carroza de color de crema, con lindas pinturas, en que iba Wáshington a sus paseos, o a un té de señoras, con las que usó siempre cortesía que llegó a parecer mucha, por buenas razones, a su austera esposa, o al teatro, donde lo recibió siempre con vítores aquel pueblo que lo quería tan bien que ni al cocinero Hércules dejaba pasar sin saludarlo con cariño, cuando iba a la plaza a ver si le traía el primer lenguado al amo, sin que él lo supiera, porque no quería Su Excelencia dar en su mesa ejemplo de lujo, sino de un buen comer, con moderada abundancia, y un Madera de bríos, con que brindar cinco veces a lo menos por «Todos nuestros amigos», que era en aquellos tiempos de brindis el que él prefería: aunque cuando escribió la carta a Humphreys no era ése el brindis en boga, sino el que pedía «Un aro para el barril», o fuerza para el gobierno, sólo que los militares querían ser el aro y Wáshington quería que fuese un gobierno civil, acordado en vista de la necesidad por toda la nación.

Porque con los míseros artículos de la confederación, que habían provocado por su impotencia y desorden la cólera y atrevimiento de los militares, era el país una batalla de Estados, que no querían obedecer las leyes del Congreso, ni tomar su papel como moneda, ni autorizarlo a levantar con impuestos el dinero necesario para los gastos federales, para pagar los atrasos de la tropa, que se había ido a sus casas sin paga, para devolver a Francia los millones que adelantó a la confederación por mano del poeta Beaumarchais. A boca de fusil obligaba un Estado a su legislatura a derogar el acuerdo que aceptaba como moneda el papel federal. Los Estados no pagaban las cuotas atrasadas a la confederación. Los campesinos se resistían a pagar al Congreso por cabeza doscientos pesos, que era más de lo que ganaban

al año. Se imponían los Estados contribuciones entre sí, se iban a las armas por cuestión de límites, se cobraban portazgo, derechos de entrada, tonelaje. El sur, por celos del este, daba su carga a los buques ingleses, a los buques enemigos, antes que a los de la confederación. Ni el tratado de paz con Inglaterra podía cumplir el Congreso, ni rescatar a sus ciudadanos cautivos de los piratas de Argel, ni levantar en toda Europa más de unos trescientos mil pesos. Estado había en que el whiskey servía de moneda, y en otro el puerco salado. Ya seguían a balazos por las calles al juez federal, celebraban congresos rebeldes, se alzaban contra el Congreso en armas. Wáshington, que se levantó siempre dos horas antes de salir el sol, nunca escribió cartas. Ama su paz, pero ¿cómo va a ver aquella anarquía con ojos indiferentes? ¡Está loco su ayudante Knox, que quiere que se conserve para alguna emergencia, para juntar por la fuerza en la hora de la catástrofe, para juntar para su persona de dictador, los Estados que no quieren ligarse por la buena voluntad!

Y el único que podía ser el tirano, rogaba, casi con lágrimas, que la nación se pusiera a tiempo en condiciones de no ser presa de tirano alguno. De entre las luchas, las escaramuzas, las peleas rabiosas de los defensores del imperio absoluto de los Estados y los partidarios de un gobierno federal vigoroso, surgió por fin, a fuerza de concesiones mutuas, la constitución en que actúan sin choque los gobiernos libres de los Estados, que tienen en los senadores su cuerpo de veto y defensa, el poder unificador de la confederación, regido por el Ejecutivo, y la judicatura que resuelve en los casos de contienda de uno y otro.

Jamás asamblea de latinos apasionados debatió, injurió, estorbó, amenazó tanto. Estos convencionales se iban, alegando que sus Estados no les habían dado poder para acordar constituciones nuevas, sino para reformar la que se deshacía.

Los Estados pequeños acusaban a los grandes de absorbentes, y le negaban todo poder al ejecutivo federal.

Los Estados esclavistas sólo le concedían poder a cambio de garantías para su privilegio inmundo. De allí nació la batalla entre los esclavistas y los abolicionistas, las transacciones durante ochenta años, los magníficos duelos de Clay y Calhoun, de Wébster y Hayne, de Lincoln y Douglass, la guerra horrenda que paró en la casa de ladrillo de Appomattox. Allí se peleó la batalla del sur agrícola, que quería navegación libre, y el norte manufacturero, que quería llevar las cosechas del sur en sus barcos. Allí, en cien formas, en las elecciones de representantes, en los derechos del senado, en el carácter y duración de la presidencia, en enmiendas mezquinas y obstáculos descabellados, en denuestos y acusaciones a que sólo pudieron poner coto la bondad de Franklin, que pedía como abuelo lo que no le concedían como convencional, la habilidad de Mádison, que fué tanta para modificar su proyecto como para imaginarlo, la súplica de Wáshington, que enmudeció encogido cuando lo recibió con honores de coronel triunfante la casa de burgueses de Virginia, y halló en la convención acentos de esos que ablandan las entrañas; allí estalló aquella brega continua entre los partidarios del poder central, que lo tienen como cemento, garantía y fuente de la vida de la nación, y los del poder local, que nada le quisieran conceder al centro, por parecerles vorágine donde va a morir la libertad, y con el mismo dolor que la carne propia se arrancan cualquier cesión del poder del Estado; allí estalló el combate que, a raíz mismo de la constitución triunfante, produjo la hostilidad de Jéfferson, columna de los Estados, que supo escribir en una mesa tan pequeña aquella declaración tan grande; y Hámilton, el creador, que tenía prisa por abrir a la libertad una casa segura, con paredes que no se pudieran echar a la espalda los Estados celosos, como los niños cuando se enojan, que se ponen a da y quita, y con la hacienda unida, porque siendo uno el interés, será una la casa, produjo el dogma de la modificación, que un Estado tras otro proclamó luego, por donde cada
50 Estado podía dejar sin valor la ley federal que no le

pareciese bien; produjo la teoría de la separación, que dió fundamento a la guerra terrible. Pero allí, con todas sus manchas, nació el sol que le pareció aurora a Benjamín Franklin. «¡Ahora sé que es un sol que nace ése que brilla en el dosel, y no un sol que se pone!»

*

Y la nueva república volvió los ojos a Wáshington, quien junta y equilibra en sí todas las fuerzas que produjeron la revolución; que lleva en su persona, como las dos pesas de la balanza de la justicia, el ímpetu que lucha y desconfía, y la prudencia que lo dirige y mantiene; que tiene cóleras como de tempestad, en que mete la pistola por la cara a los soldados cobardes, y a votos y blasfemias los vuelve a poner en línea de pelear, y calmas de mundo superior, como cuando ve perdida la batalla, y se clava a caballo, en medio de su gente que huye, a esperar de frente la derrota que el valor renovado de sus milicias convierte en victorioso frenesí; que con la mano izquierda levanta chichones al negro que le limpió mal las botas, y con la derecha escribía a modo de hombre ungido, aquellas cartas de consejo y comunicación, de letra clara y macizo pensamiento, donde fluía como de cabeza de monte la idea alta y serena, con fuerza de miope y présbita a la vez, y esa elocuencia judicial que viene a las almas fundadoras de la ternura del amor y la dignidad de la virtud. El era como sus tiempos, y como las cintas con que se adornaron para recibirlo las mujeres de Boston, que llevaban de un lado la flor de lis, y el águila de América del otro.

Era aquel santo impecable de las historias, como un monte sin zarzas ni cuevas, de virtudes más limpias que el cielo, sentado de ceremonia con el pelo en polvos y el espadín asomando por la casaca de pana, a la diestra y a la siniestra de Dios Padre, repartiendo sonrisas sobre el mundo, con labios que no humedeció nunca el vino, ni besó más que el matrimonio casto, ni tuvieron más que palabras de monumento; o era el padrastro

de la patria», y no el padre, «disimulado inglés», «tonto de cuna», tan «ladrón» y tan «César», debajo de sus renuncias falsas y virtudes de bastidores, que había que «llorar con sangre, y no celebrar con bailes y odas», el día en que vino al mundo este «Fabio de juego» que quiere que le llamen al presidente «Su poderío», «Su alto poderío», este saca-castañas, a quien Jéfferson, Jay, Mádison, Hámilton, le ponían en los labios la sabiduría y el oro, este general de fortuna, que tenía como en tutela a la libertad, una libertad de zapatillas de seda, con mangas de pompón y ojos de pupila timorata, una libertad de minué y manguito; o era el hijo de aquella austera viuda que recorría todas las mañanas su hacienda a caballo, el que por derecho natural era capitán y árbitro en la escuela, el primero en la carrera, en la pista, en la barra, en el salto y en la lucha, el mocetón de nariz colorada que se gastaba los dineros en papel de flores, y las noches en sonetos y suspiros, el que a los dieciséis años, más amigo de la silla de montar que de la de gabinete, andaba entre indios y nieves midiendo tierras por cinco pesos al día, y a los diecinueve era mayor, masón, jefe de casa, y a los veintiuno el emisario, el coronel, el héroe de Virginia, el primer militar criollo, aplaudido por su valor en la guerra, por su hermosura en las paradas, por su tesón en los debates con los oficiales ingleses, por su energía y capacidad de improvisar y mandar en las elecciones, el prohombre sagaz que casó con viuda rica y de abolengo, y tuvo veinte años casa abierta, con vino para todas las gentes de pro, maíz para los pobres, zorros para la cacería, bailes para la juventud, oídos para las ideas nuevas, calma para examinar, presteza para resolver, coraje para «levantar a mi costa, contra los ingleses que tiranizan a Boston, mil hombres de batalla»; el que venció a los ingleses con tal arte de guerra, que el gran Federico le dedicó su retrato «al primer general del mundo», con tal fuego de hombre que saltaba en Mommouth de contento las cercas a caballo, porque la batalla era «magnífica, magnífica, una caza de zorras», con tal piedad, que en medio del com-

bate enfrenaba su Nelson, blanco de la espuma, para admirar el valor de «esos nobles muchachos», de sus enemigos; el que sujetó la ambición del ejército que condujo a la gloria, y se desciñó ante el Congreso débil la espada con que hubiera podido derribarlo; el que antes de montar su caballo de señor, para ver si la castaña de Mount Vernon venía bien o cortaban los pinos como tenía mandado, escribía, a la hora de salir el sol, a sus amigos de batalla, a los cincinatos de quienes era presidente, a los masones, entre los que nunca fué completo su poder, a los gobernadores y políticos de influjo que siempre lo veneraron como a padre, o le temieron como a Júpiter, para que no se echasen sobre la ley que habían creado, para que levantaran con los Estados raquíticos una nación fuerte; el que fué llamado por los corazones a presidir el gobierno que se creó por sus opiniones, entre vajillas de oro y audiencias semimonárquicas guió, con un partido de cada mano, las pasiones públicas con tanta pureza que lloraba de dolor ante sus consejeros cuando la gaceta vil que uno de ellos inspiraba lo acusó de impuro, en tal acuerdo con los antecedentes de raza y la naturaleza, secreto del éxito en los gobiernos, que aunque pareciese, y fuera ingratitud, no quiso ayudar a los franceses, a los que le ayudaron a libertar su país, contra sus padres, contra los ingleses que se lo oprimieron, con tal calma que cuando le censuraba la opinión esta neutralidad, y su apoyo al primer banco nacional, y su intención de imponer derechos a las casas de afuera, escribía a su mayordomo que cuidase de este negro, que es «remolón», y de aquello «que empieza temprano», y de que no le anden los negritos por la cocina, ni con los árboles del jardín, y de que lo que quede del puerco se sale, y se dé a los negros lo que necesiten de comer, «pero no más»; el que con furia de huracán, lo mismo que sacude el viento los árboles, increpaba al amigo que no quería servir a la nación por preocupaciones locales, y al otro día lo llevaba del brazo, como si no lo hubiera vapuleado ayer, a que viese sus establos, con tanto caballo bueno, la negrada que

iba a quedar libre a su muerte, las tierras que iba a dar a los nietos de su mujer, a aquel Laurence a quien trataba en sus cartas de «estimado señor», a aquella Nellie, linda y astuta, que lo celebraba por galán cuando iba de señoras, con la pechera de rizos y la cara de tocador, mientras la esposa hacía compotas y daba de beber a los soldados, en traje de muselina blanca, o quitaba el polvo del salón de recibir, con un estrado como trono, donde venía a saludar la gentileza del país, que tachaba de alegres y de muy amigas de su excelencia, a más de una dama; el que, con retoques de la mano suprema de Hámilton, dió a su patria y al mundo, antes de salir por su deseo del poder, aquella carta de adiós donde pudieron ir peregrinando, a buscar juicio, las edades, y después de haber vencido con el desinterés y la cordura, y con el arte de ajustar el gobierno a la realidad, a los que en todo le sobrepujaban, menos en arranque heroico, sagacidad y virtud, volvió a sus campos «a saber cómo iba el castañar», y a recibir a lo mejor del universo que venía a ver en sus ojos al hombre ceremonioso y magnánimo, que en la hora de morir, pidió que lo enterrasen decorosamente, no antes de tres días se arregló las ropas con su propia mano alrededor de su cuerpo, y murió sin dolor con los brazos en cruz.

«¡Oh, qué haremos, qué haremos!», decían las gentes desoladas por las calles. «¡Lágrimas de cocodrilo!», le dijo la viuda a Jéfferson, que vino con los ojos húmedos a darle el pésame. En las tabernas se quedaron los vasos vacíos. ¡El cielo está más claro, como si hubiera entrado luz en él! «¡Ha muerto el padre!»

Pero cuando en la ceremonia oratoria, bañado por el sol, con júbilo de triunfo en el rostro aguileño, enumeraba Depew, como quien pone monte sobre monte, las conquistas, los crecimientos, los resultados, las adiciones de los cien años, al pie de la estatua de bronce afeada con una coronilla de oro, del que allí mismo, sobre aquella misma piedra de Wall Street, juró un siglo antes servir bien a la patria, con voz que hacía insegura el noble miedo de errar; cuando entraban en un mismo

carruaje, hablándose corteses, el que fué presidente republicano, el Hayes de poca fortuna, y el que acababa de ser presidente demócrata, el vitoreado Cléveland; cuando en las calles, negras del gentío, le abre paso el del sud, de pera en punta y ojos negros, al veterano del norte, de ojos azules y bigotes caídos, y el de Connecticut parte su pan con el de Filadelfia, y los niños llevan la bandera al hombro, y todos corrían, a tiempo que pasa una bandada de palomas, el ¡hurra! que saluda a un viejo que repite el arranque de Wébster: «¡Gracias a Dios que soy americano!»; cuando delante del caballo de un gobernador del norte marcha, en la parada de la milicia, con ciertos sones a que no está habituado el clarín, la caballería de penacho amarillo que le salió al frente en la guerra, y lo echó atrás; cuando en la mesa que preside su rival triunfante, el caudillo de los amigos dél poder fuerte, del poder de los de arriba, del presidente Hárrison, habla, entre aplausos que no han cesado todavía, el candidato vencido, el caudillo de los amigos del poder justo, del poder igual de todos, Cléveland el demócrata; cuando en el templo, morada usual de la preocupación y el interés, se levanta, como una llama abrasadora, el obispo honrado, y entre yerro y verdad le echa en cara a la nación su vida dura y a medio podrir, sin más mira que la de llenarse los arcones; y encomia ante el presidente que da puestos pingües a su propio hermano, a aquel que pidió allí en aquel mismo asiento de cerezo, al padre Benigno fuerzas para rechazar a los que lo invitasen al robo y al deshonor, a la estafa y a la villanía, de repartir entre sectarios y favorecidos los empleos y bienes públicos, cuando el presidente lo oye, con la cabeza baja, aun se puede decir, como dijo el canciller Livingstone en el balcón de la casa federal cuando juró en sus manos Wáshington: «¡Está hecho! ¡Vive el padre!»

*

No vino, como debía, cuanto tiene pies y bolsa en la nación, a pasear bajo los arcos, a ver los bancos y ho-

teles decorados con lujo de banderas, a ver la calle por Wall, por donde Wáshington desembarcó de Elizabeth, llena de rojos y azules, a asistir a las fiestas arregladas de manera que fuesen como el simulacro de las de hace un siglo, del viaje de Elizabeth a New York, cuando el héroe venía temeroso entre cantos y cañonazos; de la entrada de Wall, cuando no quiso la carroza de lujo, y siguió a pie, entre la gente frenética; de la jura en la casa federal, donde está ahora en su templo de granito el tesoro; de la oración en la iglesia de San Pablo, donde fué él a ponerse «en manos de Dios» después de la jura; del baile de ceremonia, cuando bailó sin espada con la esposa de uno de sus contendientes, que le era menos enemiga que el esposo; no vinieron todos los hijos ufanos, cuanta escuela aprende, cuanto taller humea, cuanta ciudad se ha levantado en el desierto, a poner una corona de bronce en la pirámide de gratitud y fortaleza que hubiera dado la medida de este pueblo al mundo; a ver conciliados a los enemigos en la procesión militar; a formar en maravilloso cortejo, vario como el universo, en la parada cívica; a ver en el simulacro naval la mañana sublime. Vino la gente de los alrededores. Vinieron las milicias de los Estados. Vinieron unas cuantas comisiones. Vinieron los del sud a la fiesta de su héroe. Seiscientas personas acomodó una junta de hoteleros que había preparado casa para miles. A cinco pesos se vendían los asientos para las procesiones cuando se creyó ver venir el mundo. La mañana de la procesión asientos de sobra había por poco menos de centavos. Pero nadie lo dijera que viese lo que se vió en New York el día naval. Las paredes se volvieron hombres, y los techos cabezas, y los mástiles tenían jarcia humana.

¡A los muelles todo lo vivo! ¡A los mil buques de la bahía, los invitados, los ricos, los jóvenes, las mujeres, cuantos hallaron dónde poner el pie en los barcos de la parada! Asomarse a la calle llenaba de júbilo; los niños paseaban la acera de gorro militar, con las manos en los bolsillos; los viejos llevaban la barba fresca; las

mujeres van de oros y grises, que es la gala de moda; los jóvenes salen de las casas perseguidos hasta la puerta por la madre amante, con el gabán al brazo y los anteojos en bandolera; los ferrocarriles, como que andan más de prisa. A la puerta de los vapores privilegiados, que ya vienen llenos de gente de más favor, se desmayan las mujeres en la muchedumbre ruda de obispos y de generales, de tricornios y gorras de flores, de politicones y banqueros.

Ya se alcanza vapor, y los viejos se apiñan en la proa descubierta, aunque amenaza lluvia: el del oeste, con paraguas de mucho puño y guante de costurón va junto al marino impasible, el miliciano muy peinado, el padre de cuatro hijas, el sacerdote de patillas blancas; tan preparado se viene a lo grande, que parece salón la bahía, visitas tempraneras los buques que la van poblando, amigo íntimo el sol, lenguaje natural la música. ¡Qué emoción entre las mujeres al ver aparecer el primer «hombre de guerra», uno de los muchachos de la guerra civil, un barcón negro, con hadas como de monte!

Tanta bandera se ha visto que al acercarse a los cerros de la isla vecina parecen embanderados los árboles. Van viéndose los pueblos de la costa en esqueleto, como nidos vacíos, esperando el verano.

Los trenes, mudos, reposan en las orillas.

La playa, de legua en legua, es un hilo de gente que aguarda. Y el que alzó allí los ojos de repente, al clamoreo repentino, vió al presidente, que venía como Wáshington de la punta de Elizabeth, subir al Dispatch, el barco de honor, lindo como un potro, blanca la chimenea y los botes blancos, enmoñado y en flor, todo gallardetes, pendones y cintas. ¡Oh, muchachos curiosos, aquellos vapores cargados de humanidad, los amarillos de tres puentes, los blancos de música y festín, los de remolque, con seis yachts a la zaga! Entre cañonazos empieza la procesión, y cuernos, chimeneas y campanas. New York la veía de lejos, y dicen que oyeron que fué como si en el corazón se les levantasen dos alas. Allá era el cuchicheo, el espumeo, el susurro de tanto vapor

rompiendo la ola. Ni hay orden, ni quien lo pida, ni necesidad de él, porque el cariño es de ordenada locura, y con la mucha regla se le quita gracia. Los vapores pequeños le van detrás al Dispatch, acercándosele, codeándose, cambiando de puesto, sacándose la voz, saludándolo con las banderas que se mueven más.

Se va como cuando se sueña, fuerte y ligero como un novio, inundado de orgullo. El buque debe llevar alas. Los jóvenes saludan a una carbonera llena de estudiantes roncos: «¡Oh, me muero por ellos!» Las banderas rojas se destacan sobre un jirón de cielo negro y sobre el mar verdusco. De pronto los mismos que van de pie, sienten como si se pusiesen de pie ahora: rompen los cañones de los barcos de guerra, suenan las músicas, cesan las hélices sujetas, exhalan las chimeneas potentes alaridos, pasa en una nube, derramando fuego, el Dispatch veloz: por sobre el humo, entre las músicas que vuelan, con el pueblo de barcos a los pies, bañado de sol el pedestal, se alza la estatua de la Libertad, levantando el brazo.

Calló el estruendo de las chimeneas, y no se oyó más que el ceceo de los vapores y el estampido de los disparos con sus bocas rojas. Hubo como un silencio de almas, como silencio de miedo y de iglesia, y cuando al descorrerse la humareda apareció brillante y lleno de luz el cielo, gozó el hombre lo que ha de volver a gozar cuando, lavado de la fealdad del mundo, ponga el pie en los umbrales divinos. Entró la flota en New York por entre montes de hombres. Roma no lo vió nunca, ni conocieron antes los ojos humanos en grado igual el placer de las lágrimas viriles.

Wáshington. — Es una correspondencia fechada en Nueva York el 11 de mayo de 1889 y dirigida al diario «La Nación» de Buenos Aires. Con el título de «Wáshington y la Constitución» lo insertó Américo Lugo en la última parte de «Flor y Lava».

EMERSON

Tiembla a veces la pluma, como sacerdote capaz de pecado que se cree indigno de cumplir su ministerio. El espíritu agitado vuela a lo alto. Alas quiere que lo encumbren, no pluma que lo tajee y moldee como cincel. Escribir es un dolor, es un rebajamiento: es como uncir cóndor a un carro. Y es que cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura, y apetito de paz, y odio de ruidos. Templo semeja el Universo. Profanación el comercio de la ciudad, el tumulto de la vida, el bullicio de los hombres. Se siente como perder de pies y nacer de alas. Se vive como a la luz de una estrella, y como sentado en llano de flores blancas. Una lumbre pálida y fresca llena la silenciosa inmensa atmósfera. Todo es cúspide, y nosotros sobre ella. Está la tierra a nuestros pies, como mundo lejano y ya vivido, envuelto en sombras. Y esos carros que ruedan, y esos mercaderes que vocean, y esas altas chimeneas que echan al aire silbos poderosos, y ese cruzar, caracolear, disputar, vivir de hombres, nos parecen en nuestro casto refugio regalado, los ruidos de un ejército bárbaro que invade nuestras cumbres, y pone el pie en sus faldas, y rasga airado la gran sombra, tras la que surge, como un campo de batalla colosal, donde guerreros de piedra llevan coraza y casco de oro y lanzas rojas, la ciudad tumultuosa, magna y resplandeciente. Emerson ha muerto: y se llenan de dulces lágrimas los ojos. No da dolor, sino celos. No llena el pecho de angustia, sino de ternura. La muerte es una victoria, y cuando se

ha vivido bien, el féretro es un carro de triunfo. El llanto es de placer, y no de duelo, porque ya cubren hojas de rosas las heridas que en las manos y en los pies hizo la vida al muerto. La muerte de un justo es una fiesta, en que la tierra toda se sienta a ver cómo se abre el cielo. Y brillan de esperanza los rostros de los hombres, y cargan en sus brazos haces de palmas, con que alfombran la tierra, y con las espadas de combate hacen en alto, bóveda para que pase bajo ellas, cubierto de ramas de roble y viejo heno, el cuerpo del guerrero victorioso. Va a reposar el que lo dió todo de sí, e hizo bien a los otros. Va a trabajar de nuevo, el que hizo mal su trabajo en esta vida. Y los guerreros jóvenes, luego de ver pasar con ojos celosos, al vencedor magno, cuyo cadáver tibio brilla con toda la grandeza del reposo, vuelven a la faena de los vivos, a merecer que para ellos tiendan palmas y hagan bóvedas. ¿Que quién fué ese que ha muerto? Pues lo sabe toda la tierra. Fué un hombre que se halló vivo, se sacudió de los hombros todos esos mantos y de los ojos todas esas vendas, que los tiempos pasados echan sobre los hombres, y vivió faz a faz con la naturaleza, como si toda la tierra fuese su hogar, y el sol su propio sol, y él patriarca. Fué uno de aquellos a quienes la naturaleza se revela, y se abre, y extiende los múltiples brazos, como para cubrir con ellos el cuerpo todo de su hijo. Fué de aquellos a quienes es dada la ciencia suma, la calma suma, el goce sumo. Toda la naturaleza palpitaba ante él, como una desposada. Vivió feliz porque puso sus amores fuera de la tierra. Fué su vida entera el amanecer de una noche de bodas. ¡Qué deliquios, los de su alma! ¡Qué visiones, las de sus ojos! ¡Qué tablas de leyes, sus libros! Sus versos, ¡qué vuelos de ángeles! Era de niño tímido y delgado, y parecía a los que le miraban, águila joven, pino joven. Y luego fué sereno, amable y radiante, y los niños y los hombres se detenían a verle pasar. Era su paso firme, de aquel que sabe a dónde ha de ir; su cuerpo alto y endeble, como esos árboles cuya copa mecen aires puros.
60 El rostro era enjuto, cual de hombre hecho a abstraerse,

y a ansiar salir de sí. Ladera de montaña parecía su frente. Su nariz era como la de las aves que vuelan por cumbres. Y sus ojos, cultivadores, como de aquel que está lleno de amor, y tranquilos, como de aquel que ha visto lo que no se ve. No era posible verle sin desear besar su frente. Para Carlyle, el gran filósofo inglés, que se revolvió contra la tierra con brillo y fuerza de Satán, fué la visita de Emerson «una visión celeste». Para Whitman, que ha hallado en la naturaleza una nueva poesía, mirarle era «pasar hora bendita». Para Estedman, crítico bueno, «había en el pueblo del sabio una luz blanca». A Alcott, noble anciano juvenil, que piensa y canta, parece «un infortunio no haberle conocido». Se venía de verle como de ver un monumento vivo, o un ser sumo. Hay de esos hombres montañosos, que dejan ante sí y detrás de sí, llana la tierra. El no era familiar, pero era tierno, porque era la suya imperial familia cuyos miembros habían de ser todos emperadores. Amaba a sus amigos como a amadas: para él la amistad tenía algo de la solemnidad del crepúsculo en el bosque. El amor es superior a la amistad en que crea hijos. La amistad es superior al amor en que no crea deseos, ni la fatiga de haberlos satisfecho, ni el dolor de abandonar el templo de los deseos saciados por el de los deseos nuevos. Cerca de él, había encanto. Se oía su voz, como la de un mensajero de lo futuro, que hablase de entre nube luminosa. Parecía que un impalpable lazo, hecho de luz de luna, ataba a los hombres que acudían en junto a oírle. Iban a verle los sabios, y salían de verle como regocijados, y como reconvenidos. Los jóvenes andaban luengas leguas a pie por verle, y él recibía sonriendo a los trémulos peregrinos, y les hacía sentar en torno a su recia mesa de caoba, llena de grandes libros, y les servía de pie como un siervo, buen Jerez viejo. ¡Y le acusan, de entre los que lo leen y no lo entienden, de poco tierno, porque hecho al permanente comercio con lo grandioso, veía pequeño lo suyo personal, y cosa de accidente, y ni de esencia, que no merece ser narrada! ¡Phrineas de la pena son esos poetillos jere-

míacos! ¡Al hombre ha de decirse lo que es digno del hombre, y capaz de exaltarlo! ¡Es tarea de hormigas andar cantando en rimas desmayadas dolorcillos propios! El dolor ha de ser pudoroso.

Su mente era sacerdotal; su ternura, angélica; su cólera, sagrada. Cuando vió hombres esclavos, y pensó en ellos, habló de modo que pareció que sobre las faldas de un nuevo monte bíblico se rompían de nuevo en pedazos las tablas de la Ley. Era moisíaco su enojo. Y se sacudía así las pequeñeces de la mente vulgar, como se sacude un león, tábanos. Discutir para él era robar tiempo al descubrimiento de la verdad. Como decía lo que veía, le irritaba que pusiesen en duda lo que decía. No era cólera de vanidad, sino de sinceridad. ¿Cómo había de ser culpa suya que los demás no poseyesen aquella luz esclarecedora de sus ojos? ¿No ha de negar la oruga que el águila vuela? Desdeñaba la argucia, y como para él lo extraordinario era lo común, se asombraba de la necesidad de demostrar a los hombres lo extraordinario. Si no le entendían, se encogía de hombros; la naturaleza se lo había dicho: él era un sacerdote de la naturaleza. El no fingía revelaciones; él no construía mundos mentales; él no ponía voluntad ni esfuerzo de su mente en lo que en prosa o en verso escribía. Toda su prosa es verso. Y su verso y su prosa, son como ecos. El veía detrás de sí al Espíritu creador que a través de él hablaba a la naturaleza. El se veía como pupila transparente que lo veía todo, lo reflejaba todo, y sólo era pupila. Parece lo que escribe trozos de luz quebrada, que daban en él, y bañaban su alma, y la embriagaban de la embriaguez que da la luz, y salían de él. ¿Qué habían de parecerle esas mentecillas vanidosas que andan montadas sobre convenciones, como sobre zancos? ¿Ni esos hombres indignos, que tienen ojos y no quieren ver? ¿Ni esos perezosos u hombres de rebaño, que no usan de sus ojos, y ven por los de otro? ¿Ni esos seres de barro, que andan por la tierra amoldados por sastres, y zapateros, y sombrereros, y esmaltados por joyeros, y dotados de sentidos y de habla, y de no más que esto?

¿Ni esos pomposos fraseadores, que no saben que cada pensamiento es un dolor de la mente, y lumbre que se enciende con óleo de la propia vida, y cúspide de monte?

Jamás se vió hombre alguno más libre de la presión de los hombres, y de la de su época. Ni el porvenir le hizo temblar, ni le cejó al pasado. La luz que trajo en sí la sacó en salvo de este viaje por las ruinas, que es la vida. El no conoció límites ni trabas. Ni fué hombre de su pueblo, porque lo fué del pueblo humano. Vió la tierra, la halló inconforme a sí, sintió el dolor de responder las preguntas que los hombres no hacen, y se plegó en sí. Fué tierno para con los hombres, y fiel a sí propio. Le educaron para que enseñara un credo, y entregó a los incrédulos su levita de pastor, porque sintió que llevaba sobre los hombros el manto augusto de la naturaleza. No obedeció a ningún sistema, lo que le parecía acto de ciego y de siervo; ni creó ninguno, lo que le parecía acto de mente flaca, baja y envidiosa. Se sumergió en la naturaleza, y surgió de ella radiante. Se sintió hombre, y dios, por serlo. Dijo lo que vió; y donde no pudo ver, no dijo. Reveló lo que percibió, y veneró lo que no podía percibir. Miró con ojos propios en el Universo, y habló un lenguaje propio. Fué creador, por no querer serlo. Sintió gozos divinos, y vivió en comercios deleitosos, y celestiales. Conoció la dulzura inefable del éxtasis. Ni alquiló su mente, ni su lengua, ni su conciencia. De él, como de un astro, surgía luz. En él fué enteramente digno el ser humano.

Así vivió: viendo lo invisible y revelándolo. Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron a ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fué el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. En Concord vivía, que es como Túsculo, donde viven pensadores, eremitas y poetas. Era su casa, como él, amplia y solemne, cercada de altos pinos como en símbolo del dueño, y de umbrosos castaños. En el cuarto del sabio, los libros no parecían libros, sino huéspedes: todos lleva-

ban ropas de familia, hojas descoloridas, lomos usados. El lo leía todo, como águila que salta. Era el techo de la casa alto en el centro, cual morada de aquel que vivía en permanente vuelo a lo alto. Y salían de la empinada techumbre penachos de humo, como ese vapor de ideas que se ve a veces surgir de una gran frente pensativa. Allí leía a Montaigne, que vió por sí, y dijo cosas ciertas, a Swedenborg el místico, que tuvo mente oceánica; a Plotino, que buscó a Dios y estuvo cerca de hallarlo; a los hindos, que asisten trémulos y sumisos a la evaporación de su propia alma, y a Platón, que vió sin miedo, y con fruto no igualado, en la mente divina. O cerraba sus libros, y los ojos del cuerpo, para darse el supremo regalo de ver con el alma. O se paseaba agitado e inquieto, y como quien va movido de voluntad que no es la suya, y llameante, cuando, ganosa de expresión precisa, azotaba sus labios, como presa entre breñas que pugna por abrirse paso al aire, una idea. O se sentaba fatigado, y sonreía dulcemente, como quien ve cosa solemne, y acaricia agradecido su propio espíritu que la halla. ¡Oh, qué fruición pensar bien! ¡Y qué gozo entender los objetos de la vida! — ¡gozo de monarca! —. Se sonríe a la aparición de una verdad, como a la de una hermosísima doncella. Y se tiembla, como en un misterioso desposorio. La vida que suele ser terrible, suele ser inefable. Los goces comunes son dotes de bellacos. La vida tiene goces suavísimos, que vienen de amar y de pensar. Pues ¿qué nubes hay más bellas en el cielo que las que se agrupan, ondean y ascienden en el alma de un padre que mira a su hijo? Pues ¿qué ha de envidiar un hombre a la santa mujer, no porque sufre, ni porque alumbre, puesto que un pensamiento, por lo que tortura antes de nacer, y se regocija después de haber nacido, es un hijo? La hora del conocimiento de la verdad es embriagadora y augusta. No se siente que se sube, sino que se reposa. Se siente ternura filial y confusión en el padre. Pone el gozo en los ojos brillo extremo; en el alma, calma; en la mente, alas blancas
64 que acarician. Es como sentirse el cráneo poblado de

estrellas: bóveda interior, silenciosa y vasta, que ilumina en noche solemne la mente tranquila. ¡Magnífico mundo! Y luego que se viene de él, se aparta con la mano blandamente, como con piedad de lo pequeño, y ruego de que no perturbe el recogimiento sacro, todo lo que ha sido obra de hombre. Uvas secas parecen los libros que poco ha parecían montes. Y los hombres, enfermos a quienes se trae cura. Y parecen los árboles, y las montañas, y el cielo inmenso, y el mar pujante, como nuestros hermanos, o nuestros amigos. Y se siente el hombre un tanto creador de la naturaleza. La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas, y deja al aire el fuego. Se lee lo grande, y si se es capaz de lo grandioso, se queda en mayor capacidad de ser grande. Se despierta el león noble, y de su melena, robustamente sacudida, caen pensamientos, como copos de oro.

Era veedor sutil, que veía cómo el aire delicado se transformaba en palabras melodiosas y sabias en la garganta de los hombres, y escribía como veedor, y no como meditador. Cuanto escribe, es máxima. Su pluma no es pincel que dilúe, sino cincel que esculpe y taja. Deja la frase pura, como deja el buen escultor la línea pura. Una palabra innecesaria le parece una arruga en el contorno. Y al golpe de su cincel, salta la arruga en pedazos, y queda nítida la frase. Aborreció lo innecesario. Dice, y agita lo que dice. A veces, parece que salta de una cosa a otra, y no se halla a primera vista la relación entre dos ideas inmediatas. Y es que para él es paso natural lo que para otro es salto. Va de cumbre en cumbre, como gigante, y no por las veredas y caminillos por donde andan, cargados de alforjas, los peatones comunes, que como miran desde tan abajo, ven pequeño al gigante alto. No escribe en periódicos, sino en elencos. Sus libros son sumas, no demostraciones. Sus pensamientos parecen aislados, y es que ve mucho de una vez, y quiere de una vez decirlo todo, y lo dice como lo ve, a modo de lo que se lee a la luz de un rayo,

o apareciese a una lumbre tan bella, que se sabe que ha de desaparecer. Y deja a los demás que desenvuelvan: él no puede perder tiempo; él anuncia. Su estilo no es lujoso, sino límpido. Lo depuraba, lo acrisolaba, lo aquilataba, lo ponía a hervir. Tomaba de él la medula. No es su estilo montículo verde, lleno de plantas florecidas y fragantes: es monte de basalto. Se hacía servir de la lengua, y no era siervo de ella. El lenguaje es obra del hombre, y el hombre no ha de ser esclavo del lenguaje. Algunos no lo entienden bien: y es que no se puede medir un monte a pulgadas. Y le acusan de oscuro; mas ¿cuándo no fueron acusados de tales los grandes de la mente? Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee, que confesar nuestra incapacidad para entenderlo. Emerson no discute: establece. Lo que le enseña la naturaleza le parece preferible a lo que le enseña el hombre. Para él un árbol sabe más que un libro; y una estrella enseña más que una universidad; y una hacienda es un evangelio; y un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario. Para él no hay cirios como los astros, ni altares como los montes, ni predicadores como las noches palpitantes y profundas. Emociones angélicas le llenan si ve desnudarse de entre sus velos, rubia y alegre, la mañana. Se siente más poderoso que monarca asirio o rey de Persia, cuando asiste a una puesta de sol, o a una alba riente. Para ser bueno no necesita más que ver lo bello. A esas llamas, escribe. Caen sus ideas en la mente como piedrecillas blancas en mar luminoso: ¡qué chispazos! ¡qué relampagueos! ¡qué venas de fuego! Y se siente vértigo, como si se viajara en el lomo de un león volador. El mismo lo sintió, y salió fuerte de él. Y se aprieta el libro contra el seno, como a un amigo bueno y generoso; o se le acaricia tiernamente, como a la frente limpia de una mujer leal.

Pensó en todo lo hondo. Quiso penetrar el misterio de la vida: quiso descubrir las leyes de la existencia del Universo. Criatura, se sintió fuerte, y salió en busca del Creador. Y volvió del viaje contento, y diciendo

que lo había hallado. Pasó el resto de su vida en la beatitud que sigue a este coloquio. Tembló como hoja de árbol en esas expansiones de su espíritu, y vertimientos en el espíritu universal; y volvía a sí fragante y fresco como hoja de árbol. Los hombres le pusieron delante al nacer todas esas trabas que han acumulado los siglos, habitados por hombres presuntuosos, ante la cuna de los hombres nuevos. Los libros están llenos de venenos sutiles, que inflaman la imaginación y enferman el juicio. El apuró todas esas copas y anduvo por sí mismo, tocado apenas del veneno. Es el tormento humano que para ver bien se necesita ser sabio, y olvidar que se lo es. La posesión de la verdad no es más que la lucha entre las revelaciones impuestas de los hombres. Unos sucumben y son meras voces de otro espíritu. Otros triunfan, y añaden nueva voz a la de la naturaleza. Triunfó Emerson: he ahí su filosofía. «Naturaleza» se llama su mejor libro: en él se abandona a esos deleites exquisitos, narra esos paseos maravillosos, se revuelve con magnífico brío contra los que piden ojos para ver, y olvidan sus ojos; y ve al hombre señor, y al Universo blando y sumiso, y a todo lo vivo surgiendo de un seno y yendo al seno, y sobre todo lo que vive, al Espíritu que vivirá, y al hombre en sus brazos. Da cuenta de sí, y de lo que ha visto. De lo que no sintió, no da cuenta. Prefiere que le tengan por inconsistente que por imaginador. Donde ya no ven sus ojos, anuncia que no ve. No niega que otros vean; pero mantiene lo que ha visto. Si en lo que vió hay cosas opuestas, otro comente, y halle la distinción: él narra. El no ve más que analogías: él no halla contradicciones en la naturaleza: él ve que todo en ella es símbolo del hombre, y todo lo que hay en el hombre, lo hay en ella. El ve que la naturaleza influye en el hombre; y que éste hace a la naturaleza alegre, o triste, o elocuente, o muda, o ausente, o presente, a su capricho. Ve la idea humana señora de la materia universal. Ve que la hermosura física vigoriza y dispone el espíritu del hombre a la hermosura moral. Ve que el espíritu desolado juzga el Universo deso-

lado. Ve que el espectáculo de la naturaleza inspira fe, amor y respeto. Siente que el Universo que se niega a responder al hombre en fórmulas, le responde inspirándole sentimientos que calman sus ansias, y le permiten vivir fuerte, orgulloso y alegre. Y mantiene que todo se parece a todo, que todo tiene el mismo objeto, que todo da en el hombre, que lo embellece con su mente todo, que a través de cada criatura pasan todas las corrientes de la naturaleza, que cada hombre tiene en sí al Creador, y cada cosa creada tiene algo del Creador en sí, y todo irá a dar al cabo en el seno del Espíritu creador, que hay una unidad central en los hechos, en los pensamientos, y en las acciones; que el alma humana, al viajar por toda la naturaleza, se halla a sí misma en toda ella; que la hermosura del Universo fué creada para inspirarse el deseo, y consolarse los dolores de la virtud, y estimular al hombre a buscarse y hallarse, que «dentro del hombre está el alma del conjunto, la del sabio silencio, la hermosura universal a la que toda parte y partícula está igualmente relacionada: el Uno Eterno». La vida no le inquieta: está contento, puesto que obra bien; lo que importa es ser virtuoso: «la virtud es la llave de oro que abre las puertas de la Eternidad»; la vida no es sólo el comercio ni el peligro sino es más, el comercio con las fuerzas de la naturaleza, y el gobierno de sí: de aquéllas viene éste; el orden universal inspira el orden individual; la alegría es cierta, y es la impresión suma; luego, sea cualquiera la verdad sobre todas las cosas misteriosas, es racional que ha de hacerse lo que produce alegría real, superior a toda otra clase de alegría, que es la virtud: la vida no es más que «una estación en la naturaleza». Y así corren los ojos del que lee por entre esas páginas radiantes y serenas, que parecen escritas por sobrehumano favor, en cima de montaña, a luz no humana: así se fijan los ojos, encendidos en deseos de ver esas seductoras maravillas, y pasear por el palacio de todas esas verdades, por entre esas páginas que encadenan y relucen, y que
68 parecen espejos de acero que reflejan, a ojos aira-

dos de tanta luz, imágenes gloriosas. ¡Ah, leer cuando se está sintiendo el golpeo de la llama en el cerebro, es como clavar un águila viva! ¡Si la mano fuera rayo, y pudiera aniquilar el cráneo sin cometer crimen!

¿Y la muerte? No aflige la muerte a Emerson; la muerte no aflige ni asusta a quien ha vivido noblemente: sólo la teme el que tiene motivos de temor; será inmortal el que merezca serlo: morir es volver lo finito a lo infinito; rebelarse no le parece bien: la vida es un hecho, que tiene razón de ser, puesto que es: sólo es un juguete para los imbéciles, pero es un templo para los verdaderos hombres; mejor que rebelarse es vivir adelantando por el ejercicio honesto del espíritu sentidor y pensador.

¿Y las ciencias? Las ciencias confirman lo que el espíritu posee: la analogía de todas las fuerzas de la naturaleza; la semejanza de todos los seres vivos; la igualdad de la composición de todos los elementos del Universo; la soberanía del hombre, de quien se conocen inferiores, mas a quien no se conocen superiores. El espíritu presiente, las creencias ratifican. El espíritu, sumergido en lo abstracto, ve el conjunto; la ciencia insecteando por lo concreto, no ve más que el detalle. Que el Universo haya sido formado por procedimientos lentos, metódicos y análogos, ni anuncia el fin de la naturaleza, ni contradice la existencia de los hechos espirituales. Cuando el ciclo de las ciencias esté completo, y sepan cuanto hay que saber, no sabrán más de lo que sabe hoy el espíritu, y sabrán lo que él sabe. Es verdad que la mano del saurio se parece a la mano del hombre, pero también es verdad que el espíritu del hombre llega joven a la tumba a que el cuerpo llega viejo, y que siente en su inmersión en el espíritu universal tan penetrantes y arrebatadores placeres, y tras ellos una energía tan fresca y potente, y una serenidad tan majestuosa, y una necesidad tan viva de amar y perdonar, que esto, que es verdad para quien lo es, aunque no lo sea para quien no llega a esto, es ley de vida tan

cierta como la semejanza entre la mano del saurio y la del hombre.

¿Y el objeto de la vida? El objeto de la vida es la satisfacción del anhelo de perfecta hermosura; porque como la virtud hace hermosos los lugares en que obra, así los lugares hermosos obran sobre la virtud. Hay carácter moral en todos los elementos de la naturaleza: puesto que todos lo producen, todos lo tienen. Así, son una la verdad, que es la hermosura en el juicio; la bondad, que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte. El arte no es más que la naturaleza creada por el hombre. De esta intermezcla no se sale jamás. La naturaleza se postra ante el hombre y le da sus diferencias, para que perfeccione su juicio; sus maravillas, para que avive su voluntad a imitarlas; sus exigencias, para que eduque su espíritu en el trabajo, en las contrariedades, y en la virtud que las vence. La naturaleza da al hombre sus objetos, que se reflejan en su mente, la cual gobierna su habla, en la que cada objeto va a transformarse en un sonido. Los astros son mensajeros de hermosura, y lo sublime perpetuo. El bosque vuelve al hombre a la razón y a la fe, y es la juventud perpetua. El bosque alegra, como una buena acción. La naturaleza inspira, cura, consuela, fortalece y prepara para la virtud al hombre. Y el hombre no se halla completo, ni se revela a sí mismo, ni ve lo invisible, sino en su íntima relación con la naturaleza. El Universo va en múltiples formas a dar en el hombre, como los radios al centro del círculo, y el hombre va con los múltiples actos de su voluntad, a obrar sobre el Universo, como radios que parten del centro. El Universo con ser múltiple, es uno: la música puede imitar el movimiento y los colores de la serpiente. La locomotora es el elefante de la creación del hombre, potente y colosal como los elefantes. Sólo el grado de calor hace diversas el agua que corre por el cauce del río y las piedras que el río baña. Y en todo ese Universo múltiple, todo acontece, a modo de símbolo del ser humano, como
70 acontece en el hombre. Va el humo al aire como a la Infi-

nidad el pensamiento. Se mueven y encrespan las aguas de los mares como los afectos en el alma. La sensitiva es débil, como la mujer sensible. Cada cualidad del hombre está representada en un animal de la naturaleza. Los árboles nos hablan una lengua que entendemos. Algo deja la noche en el oído, puesto que el corazón que fué a ella atormentado por la duda, amanece henchido de paz. La aparición de la verdad ilumina súbitamente el alma, como el sol ilumina la naturaleza. La mañana hace piar a las aves y hablar a los hombres. El crepúsculo nocturno recoge las alas de las aves y las palabras de los hombres. La virtud, a la que todo conspira en la naturaleza, deja al hombre en paz, como si hubiese acabado su tarea, o como curva que reentra en sí, y ya no tiene más que andar y remata el círculo. El Universo es siervo, y rey el ser humano. El Universo ha sido creado para la enseñanza, alimento, placer y educación del Hombre. El hombre, frente a la naturaleza que cambia y pasa, siente en sí algo estable. Se siente a la par eternamente joven e inmemorablemente viejo. Conoce que sabe lo que sabe bien que no aprendió aquí: lo cual le revela vida anterior, en que adquirió esa ciencia que a ésta trajo. Y vuelve los ojos a un Padre que no ve, pero de cuya presencia está seguro, y cuyo beso, que llena los ámbitos, y le viene en los aires nocturnos cargados de aromas, deja en su frente lumbre tal que ve a su blanda palidez confusamente revelados el universo interior, donde está en breve todo el exterior, y el exterior, donde está el interior magnificado, y el temido y hermoso universo de la muerte. ¿Pero está Dios fuera de la tierra? ¿Es Dios la misma tierra? ¿Está sobre la naturaleza? ¿La naturaleza es creadora, y el inmenso Ser espiritual a cuyo seno el alma humana aspira, no existe? ¿Nació de sí mismo el mundo en que vivimos? ¿Y se moverá como se mueve hoy perpetuamente, o se evaporará y mecidos por sus vapores, iremos a confundirnos, en compenetración augusta y deleitosa, con un ser de quien la naturaleza es mera aparición? Y así revuelve este hombre gigantesco la poderosa mente, y busca con

los ojos abiertos en la sombra el cerebro divino, y lo halla próvido, invisible, uniforme y palpitante en la luz, en la tierra, en las aguas, y en sí mismo, y siente que sabe lo que no puede decir, y que el hombre pasará eternamente la vida tocando con sus manos, sin llegar a palparlos jamás, los bordes de las alas del águila de oro, en que al fin ha de sentarse. Este hombre se ha erguido frente al Universo, y no se ha desvanecido. Ha osado analizar la síntesis, y no se ha extraviado.

Ha tendido los brazos, y ha abarcado con ellos el secreto de la vida. De su cuerpo, cestilla ligera de su alado espíritu, ascendió entre labores dolorosas y mortales ansias, a esas cúspides puras, desde donde se dibujan, como en premio al afán del viajador, las túnicas bordadas de luz estelar de los seres infinitos. Ha sentido ese desborde misterioso del alma en el cuerpo, que es ventura solemne, y llena los labios de besos, y las manos de caricias, y los ojos de llanto, y se parece al súbito hinchamiento y rebose de la naturaleza en primavera. Y sintió luego esa calma que viene de la plática con lo divino. Y esa magnífica arrogancia de monarca que la conciencia de su poder da al hombre. Pues ¿qué hombre dueño de sí no ríe de un rey?

A veces deslumbrado por esos libros resplandecientes de los hindos, para los que la criatura humana, luego de purificada por la virtud, vuela, como mariposa de fuego, de su escoria terrenal al seno de Brahama, siéntase a hacer lo que censura, y a ver la naturaleza a través de ojos ajenos, porque ha hallado esos ojos conformes a los propios, y ve oscuramente y desluce sus propias visiones. Y es que aquella filosofía india embriaga, como un bosque de azahares, y acontece con ella como con ver volar aves, que enciende ansias de volar. Se siente el hombre, cuando penetra en ella, dulcemente aniquilado, y como mecido, camino de lo alto, en llamas azules. Y se pregunta entonces si no es fantasmagoría la naturaleza, y el hombre fantaseador, y todo el Universo una idea, y Dios la idea pura, y el ser humano la idea aspiradora, que irá a parar al cabo, como perla

en su concha, y flecha en tronco de árbol, en el seno de Dios. Y empieza a andamiar, y a edificar el Universo. Pero al punto echa abajo los andamios, avergonzado de la ruindad de su edificio, y de la pobreza de la mente, que parece, cuando se da a construir mundos, hormiga que arrastra a su espalda una cadena de montañas.

Y vuelve a sentir correr por sus venas aquellos efluvios místicos y vagos; a ver cómo se apaciguan las tormentas de su alma en el silencio amigo, poblado de promesas, de los bosques; a observar que donde la mente encalla, como un buque que da en roca seca, el presentimiento surge, como ave presa, segura del cielo, que se escapa de la mente rota; a traducir en el lenguaje encrespado, y brutal, y rebelde como piedra, los lucidos transportes, los púdicos deliquios, los deleites balsámicos, los goces enajenadores del espíritu trémulo a quien la cautiva naturaleza, sorprendida ante el amante osado, admite a su consorcio. Y anuncia a cada hombre que, puesto que el Universo se le revela entero y directamente, con él le es revelado el derecho de ver en él por sí, y saciar con los propios labios la ardiente sed que inspira. Y como en esos coloquios aprendió que el puro pensamiento y el puro afecto producen goces tan vivos que el alma siente en ellos una dulce muerte, seguida de una radiosa resurrección, anuncia a los hombres que sólo se es venturoso siendo puro.

Luego que supo esto, y estuvo cierto de que los astros son la corona del hombre, y que cuando su cráneo se enfriase, su espíritu sereno hendiría el aire, envuelto en luz, puso su mano amorosa sobre los hombres atormentados, y sus ojos vivaces y penetrantes en los combates rudos de la tierra. Sus miradas limpiaban de escombros. Toma puesto familiarmente a la mesa de los héroes. Narra con lengua homérica los lances de los pueblos. Tiene la ingenuidad de los gigantes. Se deja guiar de su intuición, que le abre el seno de las tumbas, como el de las nubes. Como se sentó y volvió fuerte, en el senado de los astros, se sienta, como en casa de hermanos, en el senado de los pueblos. Cuenta de historia vieja y de

historia nueva. Analiza naciones, como un geólogo fósiles. Y parecen sus frases vértebras de mastodonte, estatuas doradas, pórticos griegos. De otros hombres puede decirse: «Es un hermano»; de éste ha de decirse: «Es un padre». Escribió un libro maravilloso, suma humana, en que consagra, y estudia en sus tipos, a los hombres magnos. Vió a la vieja Inglaterra, de donde le vinieron sus padres puritanos, y de su visita hizo otro libro, fortísimo libro, que llamó «Rasgos ingleses». Agrupó en haces los hechos de la vida, y los estudió en mágicos «Ensayos», y les dió leyes. Como en un eje, giran en esta verdad todas sus leyes para la vida: «Toda la naturaleza tiembla ante la conciencia de un niño». El culto, el destino, el poder, la riqueza, las ilusiones, la grandeza, fueron por él, como por mano de químico, descompuestas y analizadas. Deja en pie lo bello. Echa a tierra lo falso. No respeta prácticas. Lo vil, aunque esté consagrado, es vil. El hombre debe empezar a ser angélico. Ley es la ternura; ley, la resignación; ley, la prudencia. Esos ensayos son códigos. Abruman de exceso de savia. Tienen la grandiosa monotonía de una cordillera de montañas. Los realza una fantasía infatigable y un buen sentido singular. Para él no hay contradicción entre lo grande y lo pequeño, ni entre lo ideal y lo práctico; y las leyes que darán el triunfo definitivo, y el derecho de coronarse de astros, dan la felicidad en la tierra. Las contradicciones no están en la naturaleza, sino en los hombres, que no saben descubrir sus analogías. No desdeña la ciencia por falsa, sino por lenta. Abrense sus libros, y rebosan verdades científicas. Tyndall dice que debe a él toda su ciencia. Toda la doctrina transformista está comprendida en un haz de frases de Emerson. Pero no cree que el entendimiento baste a penetrar el misterio de la vida, y dar paz al hombre y ponerle en posesión de sus medios de crecimiento. Cree que la intuición termina lo que el entendimiento empieza. Cree que el espíritu eterno adivina lo que la ciencia humana rastrea. Esta, husmea como un can; aquél, salva el abismo, en que el naturalista anda entre-

tenido, como enérgico cóndor. Emerson observaba siempre, acotaba cuanto veía, agrupaba en sus libros de notas los hechos semejantes, y hablaba cuando tenía que revelar. Tiene de Calderón, de Platón y de Píndaro. Tiene de Franklin. No fué cual bambú hojoso, cuyo ramaje corpulento, mal sustentado por el tallo hueco, viene a tierra; sino como baobab, o sabino, o samán grande, cuya copa robusta se yergue en tronco fuerte. Como desdeñoso de andar por la tierra, y malquerido por los hombres juiciosos, andaba por la tierra el idealismo. Emerson lo ha hecho humano: no aguarda a la ciencia, porque el ave no necesita de zancos para subir a las alturas, ni el águila de rieles. La deja atrás, como caudillo impaciente, que monta caballo volante, a soldado despacioso, cargado de pesada herrajería. El idealismo no es en él, deseo vago de muerte, sino convicción de vida posterior que ha de merecerse con la práctica serena de la virtud en esta vida. Y la vida es tan hermosa y tan ideal como la muerte. ¿Se quiere verle concebir? Así concibe: quiere decir que el hombre no consagra todas sus potencias, sino la de entender, que no es la más rica de ellas, al estudio de la naturaleza, por lo cual no penetra bien en ella, y dice: «es que el eje de la visión del hombre no coincide con el eje de la naturaleza». Y quiere explicar cómo todas las verdades morales y físicas se contienen unas a otras, y están en cada una todas las demás, y dice: «son como los círculos de una circunferencia, que se comprenden todos los unos a los otros, y entran y salen libremente sin que ninguno esté por encima de otro». ¿Se quiere oír cómo habla? Así habla: «Para un hombre que sufre, el calor de su propia chimenea tiene tristeza». «No estamos hechos como buques, para ser sacudidos, sino como edificios, para estar en firme». «Cortad estas palabras, y sangrarán». «Ser grande es no ser entendido». «Leónidas consumió un día en morir». «Estériles, como un solo sexo, son los hechos de la historia natural, tomados por sí mismos». «Ese hombre anda pisoteando en el fango de la dialéctica».

Y su poesía está hecha como aquellos palacios de Florencia, de colosales pedruscos irregulares. Bate y olea, como agua de mares. Y otras veces parece en mano de un niño desnudo, cestillo de flores. Es poesía de patriarcas, de hombres primitivos, de cíclopes. Robledales en flor semejan algunos poemas suyos. Suyos son los únicos versos poémicos que consagran la lucha magna de esta tierra. Y otros poemas son como arroyuelos de piedras preciosas, o jirones de nube, o trozo de rayo. ¿No se sabe aun qué son sus versos? Son unas veces como anciano barbado, de barba serpentina, cabellera tortuosa y mirada llameante, que canta, apoyado en un vástago de encina, desde una cueva de piedra blanca, y otras veces, como ángel gigantesco de alas de oro, que se despeña desde alto monte verde en el abismo.

¡Anciano maravilloso, a tus pies dejo todo mi haz de palmas frescas, y mi espada de plata!

Emerson. — «El gran filósofo americano ha muerto». Es un artículo periodístico y está fechado el 6 de mayo de 1882. Lo reprodujo D. Néstor Carbonell, en su compilación de «Páginas desconocidas de José Martí», que tituló «De la vida norteamericana», impreso en Buenos Aires en 1930, cuando el Dr. Carbonell desempeñaba entre nosotros, con alta y bella dignidad, la representación de la República Cubana.

LONGFELLOW

Ya, como vaso frío, duerme en la tierra el poeta celebrado. Ya no mirará más desde los cristales de su ventana los niños que jugaban, las hojas que revoloteaban y caían, los copos de nieve que fingían en el aire danza jovial de mariposas blancas, los árboles abatidos, como por el pesar de los hombres, por el viento; y el sol claro, que hace bien al alma limpia, y esas leves visiones de alas tenues que los poetas divisan en los aires, y esa calma solemne, que como vapor de altar inmenso, flota, a manera de humo, sobre los montes azules, los llanos espigados y los árboles coposos de la tierra.

Ya ha muerto Longfellow. ¡Oh, cómo acompañan los buenos poetas! ¡Qué tiernos amigos esos a quienes no conocemos! ¡Qué benefactores esos que cantan cosas divinas y consuelan! Si hacen llorar, ¡cómo alivian! Si hacen pensar, ¡cómo empujan y agrandan! Y, si están tristes, ¡cómo pueblan de blandas músicas los espacios del alma, y tañen en los aires, y le sacan sones, como si fuera el aire lira, y ellos supieran el hermoso secreto de tañerla!

La vida, como un ave que se va, dejó su cuerpo. Le vistieron de ropas negras. Le arreglaron la blanca barbar, ondeante sobre el pecho. Le besaron la mano generosa. Miraron tristemente, como quien ve un templo vacío, su frente alta. Le acostaron en un ataúd de paño. Le pusieron en él un ramo humilde de flores campestres. Y abrieron, bajo la copa de un álamo majestuoso, un hueco en tierra. Y allí duerme.

Y ¡qué hermoso fué en vida! Tenía aquella mística hermosura de los hombres buenos; el color sano de los castos; la arrogancia magnífica de los virtuosos; la bondad de los grandes, la tristeza de los vivos, y aquel anhelo de muerte, que hace la vida bella.

Era su pecho ancho, su andar seguro, su cortesía real, su rostro inefable, su mirada fogosa y acariciadora. Había vivido entre literaturas, y siendo quien era, lo que es mérito grande. Le sirvieron sus estudios como de crisol, que es de lo que han de servir, y no de grillos, como sirven a otros. Tanta era su luz propia, que no pudieron cegarlo reflejos de otras luces. Fué de los que dan de sí, y no de los que toman de otros. Le graznaron cuervos, que graznan siempre a las águilas. Le mordieron los envidiosos, que tienen dientes verdes. Pero los dientes no hincan en la luz. El anduvo sereno, propagando paz, señalando belleza, que es modo de apaciguar, mirando ansiosamente el aire vago, puestos los ojos en las altas nubes y en los montes altos. Veía la tierra, donde se trabajaba también, más hermosa todavía. No tenía ansia de reposar, porque no estaba cansado; pero como había vivido tanto, tenía ansia de hijo que ha mucho tiempo no ve a su madre. Sentía a veces una blanda tristeza, como quien ve a lo lejos, en la sombra negra, rayos de luna, y otras veces, prisa de acabar, o duda de la vida posterior, o espanto de conocerse; y se le llenaban de relámpagos los ojos. Y luego sonreía, como quien se vence. Parecía un hombre que había domado a un águila.

Son sus versos como urnas sonoras, y como estatuas griegas. Parecen al ojo frívolo, pequeños, como parece de primera vez todo lo grande. Mas luego surge de ellos como de las estatuas griegas, ese suave encanto de la proporción y la armonía. Y no batallan en lo hondo de esas urnas, ángeles rebeldes en nubes encendidas; ni se escapan de ellas lamentos alados, que vuelan como cóndores heridos, lúgubre la mirada llameante, el pecho rojo; ni sobre rosas muelles se tienden descuidados, al son de los blandos besos y la amable avena, los tiernos

amadores, sino que es su poesía, vaso de mirra de donde asciende en humo fragante como en homenaje a lo alto, la esencia humana.

Hizo el poeta canoso versos varios, y supo de finlandeses y noruegos, y de estudiantes salmantinos, y de monjas moravas, y de fantasmas suecos, y de cosas de la colonia pintoresca, y de la América salvaje. Pero estos ocios de la mente, que son bellos, no copian bien el alma del poeta, ni son su obra real, sino aquellos vagares de sus ojos y efluvios de su espíritu y luengos y ternísimos coloquios con la solemne naturaleza, que era como la desposada de este amante, y se ponía para él sus galas ricas, y le mostraba, confiada en su amor, los tesoros de su magnífica hermosura. Y de sus labios, hechos al canto, fluían entonces, versos armoniosos. Así miraba, desde los cristales de su ventana, la tarde obscura, no como quien teme a la noche, sino como quien aguarda a su perezosa desposada. Y le parecían los niños flores, y las niñas rosas, y él era para ellas muro viejo, por el que trepaban alegres las rosas y las flores. Le sobrecogía como a onda mísera, el miedo de perderse en el mar inmenso como onda, y se rebelaba, y se preguntaba cuál era entonces la utilidad de tanta pena, y la razón de tanto bárbaro martirio, pero tenía piedad de sí, y de los demás, y no contaba estos dolores a los hombres. Quería que se viviese como Héctor y no como Paris, que se viviera sin ira y con agradecimiento; y que se supiese cuánto hay de hermoso en el dolor, y en la muerte, y en el trabajo. No incitaba a los humanos a cóleras estériles, sino al bravo cultivo de sí mismos. Creyó que, pues que se tiene alma, ha de vivirse de ella, y no de vanidad, ni de comprar ni vender goces, por cuanto no es goce el que se compra o vende. Veía la vida como monte, y el estar en ella como la obligación de llevar un estandarte blanco a la cima del monte. Y vivió en paz, fuera de los mercados bulliciosos, donde los árboles rumoreaban y trabajaba a la sombra de un castaño un herrero robusto, y volaban, como las hebras rubias del maíz tierno, las chispas de la fragua, y se paraban

a verlas, como pensativos, parvadas de escolares pequeñuelos.

Y ha muerto ahora serenamente, cual se hunde en el mar la onda. Los niños llevan su nombre; está vacío el sillón alto, hecho del castaño del herrero, que le regalaron, muy labrado y mullido, los niños amorosos; anda con son pausado el reloj rudo, que sobrevive al artífice que lo hizo, y al héroe que midió en él las horas de las batallas, y al poeta que lo celebró en sus cantos; y cuando, más como voz de venganza, que como palabra de consuelo, sonaron sobre la fosa abierta aún, aquellos sones religiosos, salmodiados tristísimamente por el hermano del poeta, que dicen que se vino del polvo y al polvo se vuelve, parecía que la naturaleza, descontenta, en cuyo seno posaba ya su amado, enviaba el aire recio que abatía sobre la tumba fresca el ramaje del álamo umbroso, y que decía el viento en las ramas, como consuelo y como promesa, los nobles versos de Longfellow, en que cuenta que no se dijo lo de la vuelta al polvo para el alma.

Y echaron tierra en la fosa, y cayó nieve, y volvieron camino de la ciudad, mudos y tímidos, el poeta Holmes, el orador Curtis, el novelista Howells; Luis Agassiz, hijo del sabio que lo fué de veras porque no fué para él el cuerpo, como para tantos otros, velo del alma; y el tierno Whittier, y Emerson trémulo, en cuyo rostro enjuto ya se pinta ese solemne y majestuoso recogimiento del que siente que ya se pliega su cabeza al lado de la almohada desconocida...

Longfellow. — Fragmento de una crónica periodística a propósito del fallecimiento y entierro del gran poeta norteamericano, fechada en Nueva York el 15 de abril de 1882. Lo demás de esta crónica trata de los abogados mujeres, de las mujeres en los hospitales, cárceles, escuelas y universidades, y del derecho de desembarque que han de pagar los inmigrantes en los Estados Unidos. De todo había que tratar entonces, como ahora, para complacer a los lectores...

CECILIO ACOSTA

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva que fué cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fué siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fué casa; su patria, aposento; la historia, madre; y los hombres, hermanos, y sus dolores cosa de familia que le piden llanto. El lo dió a mares. Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen; y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: «oprimir a agasajos». El, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado era

su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros...

.....

Lo que supo, pasma. Quería hacer la América próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuajar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva... Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno: «el progreso es una ley individual, no ley de los gobiernos»; «la vida es obra». Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábitos de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena: «el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja». Tiene visiones plácidas, en siglos venideros y se inunda de santo regocijo: «la conciencia humana es tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina». Simplifica, por eso ahonda: «la historia es el ser interior representado». Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente...

...Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: «los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, a humedecer todos los campos». «La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra sino la que se difunde...»

.....

...Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle; no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna; si se es honrado y se nace pobre, no hay

tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! ¡Y cuánto decoro perdido! ¡Y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! ¡Y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra; deseaba la holgura, mas por cauces claros; se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines o intereses sórdidos, que espantan el alma, sino en esos torneos de inteligencia en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria...

.....

...¡Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

Cecilio Acosta. — Fragmentos del artículo necrológico aparecido en la «Revista Venezolana» el 15 de junio de 1881.

LAS RUINAS INDIAS

No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana. No se puede leer sin ternura y sin ver como flores y plumas por el aire, uno de esos buenos libros viejos forrados de pergamino, que hablan de la América de los indios, de sus ciudades y de sus fiestas, del mérito de sus artes y de la gracia de sus costumbres. Unos vivían aislados y sencillos, sin vestidos y sin necesidades, como pueblos acabados de nacer; y empezaban a pintar sus figuras extrañas en las rocas de la orilla de los ríos, donde es más solo el bosque, y el hombre piensa más en las maravillas del mundo. Otros eran pueblos de más edad, y vivían en tribus, en aldeas de cañas o de adobes, comiendo lo que cazaban y pescaban, y peleando con sus vecinos. Otros eran ya pueblos hechos, con ciudades de ciento cuarenta mil casas, y palacios adornados de pinturas de oro, y gran comercio en las calles y en las plazas, y templos de mármol con estatuas gigantescas de sus dioses. Sus obras no se parecen a las de los demás pueblos, sino como se parece un hombre a otro. Ellos fueron inocentes, supersticiosos y terribles. Ellos imaginaron su gobierno, su religión, su arte, su guerra, su arquitectura, su industria, su poesía: todo lo suyo es interesante, atrevido, nuevo. Fué una raza artística, inteligente y limpia. Se leen como una novela las historias de los Nahuales y Mayas de México, de los Chibchas de Colombia, de los Cumanagotos de Venezuela, de los Quechuas del Perú, de los

Aymaraes de Bolivia, de los Charrúas del Uruguay, de los Araucanos de Chile.

El quetzal es el pájaro hermoso de Guatemala, el pájaro de verde brillante con la larga pluma, que se muere de dolor cuando cae cautivo, o cuando se le rompe o lastima la pluma de la cola. Es un pájaro que brilla a la luz, como las cabezas de los colibríes, que parecen piedras preciosas, o joyas de tornasol, que de un lado fueran topacio, y de otro ópalo, y de otro amatista. Y cuando se lee en los Viajes de Le Plongeon los cuentos de los amores de la princesa maya Ara, que no quiso querer al príncipe Aak porque por el amor de Ara mató a su hermano Chaak; cuando en la historia del indio Ixtilxochitl se ve vivir, elegantes y ricas, a las ciudades reales de México, a Tenochtitlán y a Texcuco; cuando en la «Recordación Florida» del capitán Fuentes, o en las Crónicas de Juarros, o en la Historia del conquistador Bernal Díaz del Castillo, o en los Viajes del inglés Tomás Gage, andan como si los tuviésemos delante, en sus vestidos blancos y con sus hijos de la mano, recitando versos y levantando edificios, aquellos gentíos de las ciudades de entonces, aquellos sabios de Chitchen, aquellos potentados de Uxmal, aquellos comerciantes de Tulán, aquellos artífices de Tenochtitlán, aquellos sacerdotes de Cholula, aquellos maestros amorosos y niños mansos de Utatlán, aquella raza fina que vivía al sol y no cerraba sus casas de piedra, no parece que se lee un libro de hojas amarillas, donde las eses son como las efes y se usan con mucha ceremonia las palabras, sino que se ve morir a un quetzal, que lanza el último grito al ver su cola rota. Con la imaginación se ven cosas que no se pueden ver con los ojos.

Se hace uno de amigos leyendo aquellos libros viejos. Allí hay héroes, y santos, y enamorados, y poetas, y apóstoles. Allí se describen pirámides más grandes que las de Egipto; y hazañas de aquellos gigantes que vencieron a las fieras; y batallas de gigantes y hombres; y dioses que pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre el mundo; y robos de princesas que pusieron

a los pueblos a pelear hasta morir, y pelear de pecho a pecho, con bravura que no parece de hombres; y la defensa de las ciudades viciosas contra los hombres fuertes que venían de las tierras del norte; y la vida variada, simpática y trabajadora de sus circos y templos, de sus canales y talleres, de sus tribunales y mercados. Hay reyes, como el chichimeca Netzahualpili, que matan a sus hijos porque faltaron a la ley, lo mismo que dejó matar al suyo el romano Bruto; hay oradores que se levantan llorando, como el tlascalteca Xicotencal, a rogar a su pueblo que no deje entrar al español, como se levantó Demóstenes a rogar a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; hay monarcas justos como Netzahualcoyotl, el gran poeta-rey de los chichimecas, que sabe, como el hebreo Salomón, levantar templos magníficos al Creador del mundo, y hacer con alma de padre justicia entre los hombres. Hay sacrificios de jóvenes hermosas a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que los hubo en Grecia, donde eran tantos a veces los sacrificios, que no fué necesario hacer altar para la nueva ceremonia, porque el montón de cenizas de la última quema era tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo sacrificios de hombres, como el del hebreo Abraham, que ató sobre los leños a Isaac, su hijo, para matarlo con sus mismas manos, porque creyó oír voces del cielo que le mandaban clavar el cuchillo al hijo, cosa de tener satisfecho con esta sangre a su Dios; hubo sacrificios en masa, como los había en la Plaza Mayor, delante de los obispos y del rey, cuando la Inquisición de España quemaba a los hombres vivos, con mucho lujo de leña y de procesión, y veían la quema las señoras madrileñas desde los balcones. La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos. Y de los indios han dicho más de lo justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. Hay que leer a la vez lo que dice de los sacrificios de los indios el soldado español Bernal

Díaz, y lo que dice el sacerdote Bartolomé de las Casas. Ese es un nombre que se ha de llevar en el corazón como el de un hermano. Bartolomé de las Casas era feo y flaco, de hablar confuso y precipitado, y de mucha nariz; pero se le veía en el fuego limpio de los ojos el alma sublime.

De México trataremos hoy. A México lo poblaron primero los toltecas bravos, que seguían, con los escudos de cañas en alto, al capitán que llevaba el escudo con rodelas de oro. Luego los toltecas se dieron al lujo; y vinieron del norte con fuerza terrible, vestidos de pieles, los chichimecas bárbaros, que se quedaron en el país, y tuvieron reyes de gran sabiduría. Los pueblos libres de los alrededores se juntaron después con los aztecas astutos a la cabeza, y les ganaron el gobierno a los chichimecas, que vivían ya descuidados y viciosos. Los aztecas gobernaron como comerciantes, juntando riquezas y oprimiendo al país; y cuando llegó Cortés con sus españoles, venció a los aztecas con la ayuda de los cien mil guerreros indios que se le fueron uniendo, a su paso por entre los pueblos oprimidos.

Las armas de fuego y las armaduras de hierro de los españoles no amedrentaron a los héroes indios; pero ya no quería obedecer a sus héroes el pueblo fanático, que creyó que aquéllos eran los soldados del dios Quetzacoatl que los sacerdotes les anunciaban que volvería del cielo a libertarlos de la tiranía. Cortés conoció las rivalidades de los indios, puso en mal a los que se tenían celos, fué separando de sus pueblos acobardados a los jefes, se ganó con regalos o aterró con amenazas a los débiles, encarceló o asesinó a los juiciosos y a los bravos; y los sacerdotes que vinieron de España después de los soldados echaron abajo el templo del dios indio y pusieron encima el templo de su Dios.

Y ¡qué hermosa era Tenochtitlán, la ciudad capital de los aztecas, cuando llegó a México Cortés! Era como una mañana todo el día, y la ciudad parecía siempre como en feria. Las calles eran de agua unas, y de tierra otras; y las plazas espaciosas y muchas; y los alrededores

sembrados de una gran arboleda. Por los canales andaban las canoas, tan veloces y diestras como si tuviesen entendimiento; y había tantas a veces, que se podía andar sobre ellas como sobre la tierra firme. En unas venían frutas, y en otras flores, y en otras jarros y tazas, y demás cosas de la alfarería. En los mercados hervía la gente, saludándose con amor, yendo de puesto en puesto, celebrando al rey o diciendo mal de él, curioseando y vendiendo. Las casas eran de adobe, que es el ladrillo sin cocer, o de calicanto, si el dueño era rico. Y en su pirámide de cinco terrazas se levantaba por sobre toda la ciudad, con sus cuarenta templos menores a los pies, el templo magno de Hutzilopochtli, de ébano y jaspe, con mármol como nubes y con cedros de olor, sin apagar jamás, allá en el tope, las llamas sagradas de sus seiscientos braseros. En las calles, abajo, la gente iba y venía, en sus túnicas cortas y sin mangas, blancas o de colores, o blancas y bordadas, y unos zapatos flojos, que eran como sandalias de botín. Por una esquina salía un grupo de niños disparando con la cerbatana semillas de fruta, o tocando a compás en sus pitos de barro, de camino para la escuela, donde aprendían oficios de mano, baile y canto, con sus lecciones de lanza y flecha, y sus horas para la siembra y el cultivo: porque todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos, y a defenderse. Pasaba un señorón con un manto largo adornado de plumas, y su secretario al lado, que le iba desdoblando el libro acabado de pintar, con todas las figuras y signos del lado de adentro, para que al cerrarse no quedara lo escrito de la parte de los dobleces. Detrás del señorón venían tres guerreros con cascos de madera, uno con forma de cabeza de serpiente, y otro de lobo, y otro de tigre, y por afuera la piel, pero con el casco de modo que se les viese encima de la oreja las tres rayas que eran entonces la señal del valor. Un criado llevaba en un jaulón de carrizos un pájaro de amarillo de oro, para la pajarera del rey, que tenía muchas aves, y muchos peces de plata y carmín en peceras de mármol, escondidas en

los laberintos de sus jardines. Otro venía calle arriba, dando voces para que abrieran paso a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo, y la flecha de punta a la tierra, a pedir cautivos a los pueblos tributarios. En el quicio de su casa cantaba un carpintero, remendando con mucha habilidad una silla en figura de águila, que tenía caída la guarnición de oro y seda de la piel de venado del asiento. Iban otros cargados de pieles pintadas, parándose a cada puerta, por si les querían comprar la colorada o la azul, que ponían entonces como los cuadros de ahora, de adorno en las salas. Venía la viuda de vuelta del mercado con el sirviente detrás, sin manos para sujetar toda la compra de jarros de Cholula y de Guatemala; de un cuchillo de obsidiana verde, fino como una hoja de papel; de un espejo de piedra bruñida, donde se veía la cara con más suavidad que en el cristal; de una tela de grano muy junto, que no perdía nunca el color; de un pez de escamas de plata y de oro que estaban como sueltas; de una cotorra de cobre esmaltado, a la que se le iban moviendo el pico y las alas. O se paraban en la calle las gentes, a ver pasar a los dos recién casados, con la túnica del novio cosida a la de la novia, como para pregonar que estaban juntos en el mundo hasta la muerte; y detrás les corría un chiquitín, arrastrando su carro de juguete. Otros hacían grupo para oír al viajero que contaba lo que venía de ver en la tierra brava de los zapotecas, donde había otro rey que mandaba en los templos y en el mismo palacio real, y no salía nunca a pie, sino en hombros de los sacerdotes, oyendo las súplicas del pueblo, que pedía por su medio los favores al que manda el mundo desde el cielo, y a los reyes en el palacio, y a los otros reyes que andan en hombros de los sacerdotes. Otros, en el grupo de al lado, decían que era bueno el discurso en que contó el sacerdote la historia del guerrero que se enterró ayer, y que fué rico el funeral, con la bandera que decía las batallas que ganó, y los criados que llevaban en bandejas de ocho metales diferentes las cosas de comer que eran del gusto del guerrero

muerto. Se oía entre las conversaciones de la calle el rumor de los árboles de los patios y el ruido de las limas y el martillo. ¡De toda aquella grandeza apenas quedan en el museo unos cuantos vasos de oro, unas piedras como yugo, de obsidiana pulida, y uno que otro anillo labrado! Tenochtitlán no existe. No existe Tulán, la ciudad de la gran feria. No existe Texcuco, el pueblo de los palacios. Los indios de ahora, al pasar por delante de las ruinas, bajan la cabeza, mueven los labios como si dijesen algo, y mientras las ruinas no les quedan atrás, no se ponen el sombrero. De ese lado de México, donde vivieron todos esos pueblos de una misma lengua y familia, que se fueron ganando el poder por todo el centro de la costa del Pacífico en que estaban los nahuales, no quedó después de la conquista una ciudad entera, ni un templo entero.

De Cholula, de aquella Cholula de los templos, que dejó asombrado a Cotés, no quedan más que los restos de la pirámide de cuatro terrazas, dos veces más grande que la famosa pirámide de Cheops. En Xochicalco sólo está en pie, en la cumbre de su eminencia llena de túneles y arcos, el templo de granito cincelado, con las piezas enormes tan juntas que no se ve la unión, y la piedra tan dura que no se sabe ni con qué instrumento la pudieron cortar, ni con qué máquina la subieron tan arriba. En Centla, revueltas por la tierra, se ven las antiguas fortificaciones. El francés Charnay acaba de desenterrar en Tula una casa de veinticuatro cuartos, con quince escaleras tan bellas y caprichosas, que dice que son «obra de arrebatador interés». En la Quemada cubren el Cerro de los Edificios las ruinas de los bastimentos y cortinas de la fortaleza, los pedazos de las colosales columnas de pórfido. Mitla era la ciudad de los zapotecas: en Mitla están aun en toda su beldad las paredes del palacio donde el príncipe que iba siempre en hombros venía a decir al rey lo que mandaba hacer desde el cielo el dios que se creó a sí mismo, el Pítao-Cozaana. Sostenían el techo las columnas de vigas talladas, sin base ni capitel, que no se han caído todavía, y

que parecen en aquella soledad más imponentes que las montañas que rodean el valle frondoso en que se levanta Mitla. De entre la maleza, alta como los árboles, salen aquellas paredes tan hermosas, todas cubiertas de las más finas grecas y dibujos, sin curva ninguna, sino con rectas y ángulos compuestos con mucha gracia y majestad.

Pero las ruinas más bellas de México no están por allí, sino por donde vivieron los mayas, que eran gente guerrera y de mucho poder, y recibían de los pueblos del mar visitas y embajadores. De los mayas de Oaxaca es la ciudad célebre de Palenque, con su palacio de muros fuertes cubiertos de piedras talladas, que figuran hombres de cabeza de pico con la boca muy hacia afuera, vestidos de trajes de gran ornamento, y la cabeza con penachos de plumas. Es grandiosa la entrada del palacio, con las catorce puertas, y aquellos gigantes de piedra que hay entre una puerta y otra. Por dentro y fuera está el estuco que cubre la pared, lleno de pinturas rojas, azules, negras y blancas. En el interior está el patio, rodeado de columnas. Y hay un templo de la Cruz, que se llama así, porque en una de las piedras están dos que parecen sacerdotes a los lados de una como cruz, tan alta como ellos; sólo que no es cruz cristiana, sino como la de los que creen en la religión de Buda, que también tiene su cruz. Pero ni el Palenque se puede comparar a las ruinas de los mayas yucatecos, que son más extrañas y hermosas.

Por Yucatán estuvo el Imperio de aquellos príncipes mayas, que eran de pómulos anchos y frente como la del hombre blanco de ahora. En Yucatán están las ruinas de Zayi, con su Casa Grande, de tres pisos, y con su escalera de diez varas de ancho. Está Labna, con aquel edificio curioso que tiene por cerca del techo una hilera de cráneos de piedra, y aquella otra ruina donde cargan dos hombres una gran esfera, de pie uno y el otro arrodillado. En Yucatán está Izamal, donde se encontró aquella Cara Gigantesca, una cara de piedra de dos varas y más. Y Kabah está allí también, la Kabah

que conserva un arco, roto por arriba, que no se puede ver sin sentirse como lleno de gracia y nobleza. Pero las ciudades que celebran los libros del americano Stephens, de Brasseur de Bourgbourg, y de Charnay, de Le Plongeon y su atrevida mujer, del francés Nadaillac, son Uxmal y Chitchen-Itzá, las ciudades de los palacios pintados, de las casas trabajadas lo mismo que el encaje, de los pozos profundos y de los magníficos conventos. Uxmal está como a dos leguas de Mérida, que es la ciudad de ahora, celebrada por su lindo campo de henequén y porque su gente es tan buena que recibe a los extranjeros como a hermanos. En Uxmal son muchas las ruinas notables, y todas, como por todo México, están en las cumbres de las pirámides, como si fueran los edificios de más valor, que quedaron en pie cuando cayeron por tierra las habitaciones de fábrica más ligera. La casa más notable es la que llaman en los libros «del Gobernador», que es toda de piedra ruda, con más de cien varas de frente y trece de ancho, y con las puertas ceñidas de un marco de madera trabajada con muy rica labor. A otra casa le dicen de las Tortugas y es muy curiosa por cierto, porque la piedra imita una como empalizada, con una tortuga en relieve de trecho en trecho. La Casa de las Monjas sí es bella de veras: no es una sola casa, sino cuatro, que están en lo alto de la pirámide. A una de las casas le dicen de la Culebra, porque por fuera tiene cortada en la piedra viva una serpiente enorme, que le da vuelta sobre vuelta a la casa entera; otra tiene cerca del tope de la pared una corona hecha de cabezas de ídolos, pero todas diferentes y de mucha expresión, y arregladas en grupos que son de arte verdadero, por lo mismo que parecen como puestas allí por la casualidad; y otro de los edificios tiene todavía cuatro de las diecisiete torres que en otro tiempo tuvo, y de las que se ven los arranques junto al techo, como la cáscara de una muela cariada. Y todavía tiene Uxmal la Casa del Adivino, pintada de colores diferentes, y la Casa del Enano, tan pequeña y bien tallada que es como una caja de la China, de

esas que tienen labradas en la madera centenares de figuras, y tan graciosa que un viajero le llama «obra maestra de arte y elegancia», y otro dice que «la Casa del Enano es bonita como una joya».

La ciudad de Chitchen-Itzá es toda como la Casa del Enano. Es como un libro de piedra. Un libro roto, con las hojas por el suelo, hundidas en la maraña del monte, manchadas de fango, despedazadas. Están por tierra las quinientas columnas; las estatuas, sin cabeza, al pie de las paredes a medio caer; las calles, de la yerba que ha ido creciendo en tanto siglo, están tapiadas. Pero de lo que queda en pie, de cuanto se ve o se toca, nada hay que no tenga una pintura finísima de curvas bellas, o una escultura noble, de nariz recta y barba larga. En las pinturas de los muros está el cuento famoso de la guerra de los dos hermanos locos, que se pelearon por ver quién se quedaba con la princesa Ara; hay procesiones de sacerdotes, de guerreros, de animales que parecen que miran y conocen, de barcos con dos proas, de hombres de barba negra, de negros de pelo rizado; y todo con el perfil firme, y el color tan fresco y brillante como si aun corriera sangre por las venas de los artistas que dejaron escritas en jeroglíficos y en pintura la historia del pueblo que echó sus barcos por las costas y ríos de todo Centro América, y supo de Asia por el Pacífico y de Africa por el Atlántico. Hay piedra en que un hombre en pie envía un rayo desde sus labios entreabiertos a otro hombre sentado. Hay grupos y símbolos que parecen contar, en una lengua que no se puede leer con el alfabeto del obispo Landa, los secretos del pueblo que construyó el Circo, el Castillo, el Palacio de las Monjas, el Caracol, el Pozo de los Sacrificios, lleno en lo hondo de una como piedra blanca, que acaso es la ceniza endurecida de los cuerpos de las vírgenes hermosas que morían en ofrenda a su dios, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el Circo de Roma las vírgenes cristianas, como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida del pueblo, la virgen más bella, sacrificada al agua del río Nilo. ¿Quién

trabajó como el encaje las estatuas de Chitchen-Itzá? ¿A dónde ha ido, a dónde, el pueblo fuerte y gracioso que ideó la casa redonda del Caracol; la casita tallada del Enano; la culebra grandiosa de la Casa de las Monjas en Uxml? ¡Qué novela tan linda la historia de América!

Las ruinas indias. — Por el estilo se advierte que ésta es una de las tantas páginas que Martí escribía especialmente para los niños. Se publicó en la revista «La Edad de Oro».

APUNTES DE UN VIAJE

DE MONTECRISTI A LA VEGA

14 de Febrero.

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. «Ustedes me dispensen», dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con ron y café, el arroz blanco y los huevos fritos: «pero toito el día e stao en ei conuco jalando ei machete». El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol salimos del alto, y por entre cercados de plátano o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General (1): a un codo del patio, un platanal espeso; a otro, el boniatal; detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adorna-patios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra

(1) «Llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General» (Gómez).

Allí almuerzan. «En el peso del día conversamos de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez» Allí comen y duermen la noche del 12. «Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón». La casa de Don Jesús, está, de lo que se desprende, entre Laguna Salada y Esperanza; este último pueblo dista unos 40 km. de Santiago de los Caballeros. — (Nota de M. I. M.).

en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén (1), y boniato y aullama (2): al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor; y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta y los dieciséis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa. «Don Jesús» viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, «que da mucha briega», y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere «que los hijos sean como él», que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella; pero a él la tierra le da «el oro jecho, y el peso jecho». Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le exprime y frota bien en las uñas a la mula, «y sigue andando». En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte y chocolate. Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, «de las excavaciones de los indios», cuando la

(1) *Llerén.* Alfredo Zayas, en su *Lexicografía Antillana,* reflexiona sobre la Ll y la Y, optando por yerén.

Según la propia Lexicografía, yerén es un tubérculo «de figura y tamaño de un huevo de gallina, que contiene una materia farinácea, cubiertta de una cáscara parda. Estos tubérculos se comen asados o cocidos». — (Nota de M. I. M.).

(2) *Auyama* escribe el Dr. Zayas en su obra citada. Auyama, dice la Academia, es especie de calabaza que se cría en Haití, y cuya raíz es semejante a la yuca. — (Nota de M. I. M.).

mina de «Bulla»: ya le decían «Bulla» en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una buena espada de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima. La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores. Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chicuelos, de ojos melosos y pecho membrudo, saben leer.

*

Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. La Providencia» (1) era el nombre de la primer tienda, allá en Guayubín, la del marido portorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que se nos acercó al estribo, y nos dió un tabaco. «La Fe» se llama la otra tienda, la de Don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta, en una yagua: «La Fantasía de París». Y en Esperanza nos desmontamos frente a «La Delicia». De ella sale, melenudo y zancón a abrirnos su talanquera, «a abrirnos la pueita» del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de vaqueta. El cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, «a lleváse los cuaitos de las confirmaciones; nos enseña su *despacho* (2), pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete re-

(1) Martí, en el recuento de nombres de establecimientos, señala la antítesis entre la realidad y el nombre. *La Providencia,* pertenece a un farmacéutico de medicina vejancona: *La Fe,* es de Don Jacinto, que no tiene fe; *La Fantasia de París,* consta sobre una triste yagua, y *La Delicia* tiene para deleite de compradores tres medias de cerveza y carece de ron. — (Nota de M. I. M.).

(2) *Despacho:* nombramiento, título o credencial, entre las gentes del pueblo, y Martí lo traslada tal como lo oye. — (Nota de M. I. M.).

clinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe «velando por la paz», y le ofrece llevarle «más tarde» la silla que le pide. El vende cerveza, y tiene de ella tres medias, «poique no se vende má que cuando viene ei padre». El nos va a comprar ron. Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón, y las de la primera ermita.

*

De la Esperanza a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas (1). El camino es ya sombra. Los árboles son altos. A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las seibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar a la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se escurre, a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

15 de Febrero.

Es Santiago de los Caballeros (2), y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario: y enfrente hay

(1) En la mañana del día 13 montan para Santiago. En la Esperanza descansan en el comercio de La Delicia, de Candelario Lozano, «general de brigada, del tiempo de Báez».

«De la Esperanza (a unos 40 kms. de Santiago) a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra». — (Nota de M. I. M.).

(2) El miércoles 13, el 14 y el 15 están en Santiago, «en donde aguardamos contestación de aviso a Hatton», explica el general Gómez *(Papeles de Martí)*. El 15, Martí, Gómez, Enrique Collazo y Paquito Borrero van a casa de «Manuel Boitel, a la otra margen del río» Yaque, que orilla a Santiago. «Cogemos flores para Rafaela, la mujer de Ramírez», lo que significa que tornaron a Santiago. — (Nota de M. I. M.).

una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja, rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus; las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y airoso. Los soldados de dril azul y kepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales mestizos o negros. El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora; la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.

15 de Febrero.

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego. Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como recostada una en otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un arco perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre. Luego ya al medio día, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pilaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que saltan. —«Ese gallo, cuidao, que no le dejen comer arroz, que lo afloja mucho». Es gallero Manuelico, y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los «solean» para que «sepan de calor», para que «no se ahoguen en la pelea», para que «se maduren»: «ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace». «Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo, la carne de vaca. El agua que se les da es leche; y el maíz, bien

majado. El mejor cuido del gallo, es ponerlo a *juchar* (1). y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla». Va Manuelico a mudar de estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea. De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

*

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco de Elcano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama «La Progresista». Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve a la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del «reducto patriótico», de la fortaleza de San Luis.

En la casita, enseña todo la mano laboriosa: ésta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas; aquél es un festón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel; allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado, la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala, entre los libros viejos, hay una Biblia protestante, y un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que hala de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores para Rafaela, la mujer de Ramírez, con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el

(1) *Juchar*, en Santo Domingo, entre los galleros, entraña probar, adiestrar el gallo peleador azuzándolo con otro que denominan mono. — (Nota de M. I. M.).

alma augusta. No menos que augusta: es leal, modesta y tierna. El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

*

Me llevan, aun en traje de camino, al «Centro de Recreo», a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta con güiro y pandereta. Los «mamarrachos» entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval; sale la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Máximo, el niño de Ramírez, de dos años y medio, dice que «el gigante trae la corbata en las manos».

16 de Febrero.

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a La Vega, y era un bien del alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana; más gallardos pisaban los caballos, en aquella campiña floreciente, coreada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña; el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa. En un ventorro nos apeamos, a tomar el *cafecito,*

y un *amargo* (1). Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero a los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló, el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: ¿conque otro habla, y más aprisa que el santo, la lengua del santo? — «¡Mírenlo, y él que estaba aquí como dios en un platanal!» — «¡Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo». Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al Santo Cerro (2). De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le dibujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: *es un político.*

DE LA VEGA A MONTECRISTI

18 de Febrero.

Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció; de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve el apetito; de la miel de abeja, «mejor que el azúcar, que fué hecha para el café». «El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día y cura de excesos». «A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez, a Carlos Manuel de Céspedes, una cosa que fué de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque

(1) *Amargo,* bebida de ron, azúcar y yerbas. — (Nota de M. I. M.).

(2) El Santo Cerro, iglesia levantada en la cima de un cerro, próximo a la población de La Vega, conmemorando la batalla librada por Colón contra los indios. - (Nota de M. I. M.)

las avispas son de olfato fino, y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquieta, del despego al olor acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: «Vea, amigo: si esto se hace así.» Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispas, y vi que dos se le clavaron en la mano, y él, con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano».

18 de Febrero.

A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón y la azada vieja, que hallaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor. Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su *túbano* (1) encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores; por la frente le cae un clavel, y una rosa se asoma por la oreja; sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines; de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas, en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes, y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas, dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio.

(1) *Túbanos* llaman a los tabacos los campesinos de Santo Domingo. — (Nota de M. I. M.).

19 de Febrero.

De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce; ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región; de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña natural de él. El marido se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse el boniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo. Casará la hija con un letrado; pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él. El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. «Al pobre, algo se ha de dejar, y el divi-divi (1) de mis tierras, que los pobres se lo lleven». Su conversación, de natural autoridad, fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a darnos vino fresco: sonríe ingenua y habla altiva, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: «Es preciso ver si sembramos hombres buenos».

(1) *Divi-divi* o *dividivi,* fruto del árbol del mismo nombre, con el cual se curten y tiñen las pieles. — (Nota de M. I. M.).

DE MONTECRISTI A CABO HAITIANO

2 de Marzo.

Duerme mal el espíritu despierto; el sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos.

1º de Marzo (1).

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de la mano española. Allí vive «Toño» Calderón, de gran fama de guapo; que cuando pasé la primera vez, en su tiempo de Comandante de armas, me hizo apear, a las pocas palabras, del arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dió su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, «el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer»; «Toño» de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo, médico sin diploma — «mediquín», como decimos en Cuba —, azorado en su soledad moral, azotado, en su tenacidad inútil, vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme, y respeta y obedece a quien se le encara. Salcedo, sin queja ni lisonja, — porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos —, me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslíe con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se

(1) Las fechas que pone Martí no guardan relación cronológica.

pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo [1], — Adolfo, el hijo leal de Montesinos, que acompaña a su padre en el trabajo humilde —, me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte, y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesinos, sobre el potro que él alquiló a un «compadre» del general Corona. «Ya el General está aquí, que es ya amigo», «por la mira que nos hemos echado»: panamá ancho, flus de dril, quitasol con puño de hueso: buen trigueño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón, a Ouanaminthe.

*

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco; o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel-Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fué a tapar la boca del cañón de Haití: y acá, en la orilla negra, todo es mango en seguida, y guanábano y anón, y palma y plátano, y gente que va y viene; en un sombrío, con su montón de bestias, hablan, al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos; llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos, y un chalán del Cabo; sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo, de la cabeza, menuda y crespuda, le salen, por la nuca, dos moños; la que va cantando «*Bon jour, commère*», «*Bon jour, compère*», es una vieja descalza; la de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol, es una mocetona, de

(1) Pancho, hijo del general Gómez, y Adolfo, de Ignacio Montesinos, que estuvo en presidio cuando Martí. Pancho y Adolfo figuran «entre aquellos pocos niños que, por su ternura reposada», el Apóstol «hubiese deseado criar como hijos propios». (*Papeles de Martí;* t. III, carta IX). «Con ellos —agrega— me hubiera ido a un rincón de la naturaleza, a desenvolverles en el estudio directo de las fuerzas del mundo, el juicio cordial y equilibrado». — (Nota de M. I. M.).

andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas. Ya las casas no son de palma y yagua, leprosas y polvorosas; sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las casas son de embarrado, sin color, de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada, con fallebas sólidas; o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y larguirutos, enteros y rotos, azules o desteñidos, con sandalias o con botines, el kepí a la nariz y la bayoneta calada: marchan y ríen; un cenagal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón. El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, «para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local», y me da una copa de vino de garnacha (1). Corona llega caracoleando: quita y pon de fieltros, y de la cachucha consular; salimos con el oro de la tarde.

2 de Marzo.

Ouanaminthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía de prisa, en lo negro de la tormenta, el mozo haitiano, que me fué hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala; y yo le ofrecí cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al Comandante de armas, para que refrendase los pasaportes. Y eso fué cuanto entonces vi de Ouanaminthe:

(1) Vino de garnacha, se llama en España al que da la uva que lleva ese nombre, muy dulce y de color rojo-morado. — (Nota de M. I. M.).

el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, metidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: «*¡Oh gardez ça: blanc, soldat aussi!*» El cuarto de guardia vi, y al Comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a la cabeza, en sillones mancos, y él flaco y cortés. Así pasé entonces.

Esta vez la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charreteras y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorrio, con su recia mampostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y sombrero de panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Cuando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido como la verdadera justicia. Pasa un haitiano que va a Dajabón a vender su café; un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: — «Saludo». — «Saludo».

2 de Marzo.

Corona, «el general Corona», va hablándome al lado. «Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres». Y con su «dimpués» y su «inorancia» va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y la fuerza que para el corazón «sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo» es el saber que «en un conuco de por ahi está un eimano poi quien uno puede dal la vida». «Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado más de ochenta peleas». El quiere «decencia en el hombre», y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo «a quien le quiere prohibir ei pensar». «Yo ni comandante de aimas quiero ser, ni interventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poique eso me lo ofrece el gobierno poique me ve probe, para precuraime mi deshonor, o pa que me entre temó de su venganza, de que no le aceite ei empleo». «Pero yo viviendo, con mi honradé y con mi caña». Y me cuenta los partidos del país; y como salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y como con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, «el reducto de San Luis», cuando se alzó con él, contra Lilí, Filo Patiño «que aorita etá de empleado dei gobierno». «Poi ete hombre o poi ei otro no me levanto ya, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da e vei que los hombres de baiba tamaña obedecen o sirven a la tiranía». «Cuando yo veo injusticia, las dos manos me bailan, y me la voi andando ai rifle, y ya no quiero ma cuchillo ni tenedor». «Poique yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política e como un debé de dinidá». «Poique yo, o todo, o nada». «Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujer: poique eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voi a tener que etai en un lugai má de un mé o dó, enseguía me buco mi mejó comodidá»; y luego, a la despedida, «ella ve que no tiene remedio, y la dejo con su casita y con aigunos cuaítos: poique a mi

mujer legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai». A ella vuelve siempre: ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le ayuda en todos sus trabajos, y «que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echáme a la mala vida a passai trabajo, yo sé que mis hijitos quedan detrá muy bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me condúca como un hombre». De pronto, ya caída la noche, pasa huída, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una mula de la recua de Corona. El se va con sus dos hombres a buscar la mula por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí. — «Vd. no va a jallá ei hombre que buca». Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 de Marzo.

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a trancos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos *gourdes,* que son el peso de Haití, y le ofrezco que no lo haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: —*Mosié blanc pringarde li metté mosié prison.* De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella. La noche está velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver Colt (1), que reluce a la luna: y él, muy de pronto y como chupándose la voz, dice: *¡Bon papa!*

(1) El revólver que portaba Martí, el mismo que llevó a la guerra, se lo había regalado Panchito Gómez. El general Gómez (obra citada), cuenta la historia de esta arma, en la que nos revela el hermoso carácter de aquel joven que tanto quiso el Apóstol. (Nota de M. I. M.).

2 de Marzo.

Ya después de las diez, entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una Feliciana, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta a medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. —«¿Es acá Nephtalí?». Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra. ...*Bien sellé, bien bridé: pas commun*... (1). Eso dicen, adentro, de mí. Sí, puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuereta. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro «de caridad», ¿habrá dónde duerma, y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blancucho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos, textos desencuadernados, catálogos, una Biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas — y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena —, y luego sale el colchón, que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. De allá adentro, ¿quién me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en camisión de dormir. De cena, dulce de maní, y casabe, y el vino piamontés que me puso Montesinos en la cañonera, y parto con la hija, segura y sonriente. El castizo se fué en buena hora. *Le chemin est voiturable;* el camino a Fort Liberté. *Oh, monsieur: l'aristocratie, est toujours bien reçue;* y que

(1) *Bien sellé, bien bridé; pas commun,* forma metafórica, elidida, del francés «créole», de Haití, con la que los campesinos, ponderando los jaeces de la caballería destacan la importancia del cabalgador. Pero la advertencia «pas commun» es finísima por lo que confirma la distinción personal del Apóstol tan unánimemente loada. Lo que la hija de los Nephtalí anunció tan concisamente a los de la casa, fué que, quien pedía hospedaje, montaba caballo bien equipado y que no era persona de las que frecuentaban aquellos parajes. — (Nota de M. I. M.).

no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que «todavía» no ha estado en Europa, y que si «las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar». Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duermo tendido, bajo el techo amable. A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: —«Bienvenido sea el huésped; el huésped no ha molestado; perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada». Todo él sonríe, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta; van saliendo en la plática nombres conocidos: Montesinos, Montecristi, Jiménez. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven; el almuerzo es buen queso, y pan suave, del horno de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo; el café es oro, y la mejor leche. «Madame Nephtalí» se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero, y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que «superstición en Haití hay y no hay: y que el que la quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él, que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición». Y ¿en qué se ocupa Monsieur Lespinasse, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? ¡Ah!, escribe uno u otro artículo en *L'Investigateur, on est journaliste: l'aristocratie n'a pas d'avenir dans ce pays-ci.* Para el camino me pone Nephtalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso (1) lo que

(1) «Y le pregunto temeroso». (Por qué temeroso, se interroga el lector). Martí ha cenado y dormido, y, para el camino, le han puesto «queso bueno, y empanadilla y panetela»; ¿habrá gastado mucho?

La revolución pasa su mayor escasez de recursos. A Martí, con aquella probidad que impetra de todos y evangélicamente practica, le parece crimen gastar en sí lo que urge a la patria. Así vemos que en Santiago de los Caballeros «el zapatero le simula unas suelas» a su calzado, que en Dajabón «el cubano Salcedo, sin queja ni lisonja — porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos —, me trae los mejores suyos, de dril fino azul,

le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche. —*Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère.* Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

2 de Marzo.

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramas, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero que va muy abotinado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto se apea a servirme. —*Ah, compère! ne vous dérangez pas.* —*Pas ça, pas ça, l'ami. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haitiens ici.* Y muerde, y desdobla, y sujeta los cordeles; y seguimos hablando de su casa y de su mujer, y de los tres hijos con que *Dieu m'a favorisé,* y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se le queda en el alma recio y hondo, como una raíz. *Ah, oui!,* con el *oui* haitiano, halado y profundo. *Quand vous parlez de chez ami, vous parlez de chez Dieu.*

3 de Marzo.

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas, o bebiendo refrescos, o ajenjo, o anisado,

con un remiendo honroso», y que otros calzones que llevaba y el capote, eran del general Gómez. — (Nota de M. I. M.).

en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatito risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos minutos, y a tender sobre una mesa mi queso y mi empanada con la cerveza, que no bebo. Con el bastón en alto perora un ochentón de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella y triste, me mira, como súplica y cuento, medio escondida al marco de una puerta, y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas las cortinas. Adiós. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

2 de Marzo.

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad, les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas: —*Non, argent non: petit livre, oui.* Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo pron-
 tuario científico de Paul Bert. De barro y paja, en un

montón de maíz, es la *habitation de Mamenette, chemin du Cap.* Alrededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinada los ojos luminosos *Auguste Etienne.*

2 de Marzo.

En un crucero, con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un Cristo de madera, bajo dosel de zinc, un Cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda. Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso. Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí? —*Pas ça, pas ça, mosié.* No me quieren el peso. Reparto saludos. — *Bon blanc!, bon blanc!* A las ocho me llamó hermano Nephtalí en Fort Liberté. A las cinco, costeando la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano.

3 de Marzo.

Me voy a pelar, a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa; él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazos, con otros de mugre, y cromos viejos: y en techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel. — «¿Y Vd. Martínez, será hombre casado?» — «Hombre como yo, ambulante, no puede casar». —«¿Y dónde aprendió su español?» —«En San Tomás: yo era de San Tomás, santomeño». — «¿Y ya no lo es Vd.?» — «No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada, soy hijo de inglés, no vale de nada; soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada». —«¿Conque no quiere ser español?» —«Ni cubano quiero ser yo, ni portorriqueño, ni español. Si era blanco español inteli-

gente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico, con $ 500 mensuales; si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo, español». A la pordiosera que llega a la puerta: —«Todavía no he ganado el primer cobre».

EN LANCHA DEL CABO A MONTECRISTI

4 de Marzo (1).

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón; el timonel deja el timón a medio ir: «Bonito eso»; «Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo»; «Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito». Y luego se echa a reír: que los *voudons* (2), los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es; que hoy es día de baile *voudon,* en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora los hombres de la tierra; que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, más de una hora. La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.

(1) Martí regresa a Montecristi por mar. En el curioso relato que acotamos, donde precisa «y ahora, a la madrugada», podemos colegir que es en la madrugada del día 5 cuando va en lancha rumbo a Montecristi, ya que habiendo llegado ya tarde, el día 3, al Cabo, resulta lógico que «a las diez de la noche» del 4 se embarcase.

Las cinco impresiones siguientes, con fechas 6, 29 y 30, corresponden a Montecristi. — (Nota de M. I. M.).

(2) *Voudons.* Humboldt, en su Ensayo político sobre la isla de Cuba, explica que, en los «bajos roncadores», esa «larga música, extensa y afinada como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino», de la armoniosa descripción de Martí, la producen las aguas agitadas entrando y saliendo en las cavernas que existen en algunas partes del fondo del mar. — (Nota de M. I. M.)

6 de Marzo.

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un muestrario de panamás de cinta fina, libros descuadernados, y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse. —«Mira, muchacho de los billetes: ven acá». — «Cómprale un billete: dale un peso».

6 de Marzo.

Oigo ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros. La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

29 de Marzo.

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros y capaces de hablar, que se beben la leche; de cómo se salva el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la manteca; del sapo, que se come las avispas; del murciélago, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la conuquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas: y él, con su pico, duro, se sorbía la primer leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, adonde las pulgas

para no ahogarse vuelan, y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélago trunca al cocuyo en el aire y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

30 de Marzo.

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que «como debe volver un buen cubano», es hombre de crear, sembrador e industrioso, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samoma, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destilada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, «un agua que se va cuajando en piedra», que en la boca no desagrada, y se disuelve. Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondeles imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella, de caballo o mula, de gallina — la conquista acaso, — y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo. Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de silex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte, a las aberturas. Por cuatro bocas se entra a la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca, por entre bejucos, se sube al claro verde.

EN GOLETA, DE MONTECRISTI A INAGUA

1º de Abril.

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos a la media noche oscura, la marisma y la arena (1). A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda, y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa; y se huele la sal. De pronto, de los últimos cambroneros, se sale a la orilla, espumante y velada, y como revuelta y cogida, con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.

3 de Abril.

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

(1) Alude al ir a tomar bote en la playa de Montecristi para llegar al barco en que pretendían arribar a Cuba. «El primero de Abril, por fin, salimos a las tres de la mañana, asaltando en los botes abandonados de la playa la goleta «Brothers» que nos esperaba afuera». *(Papeles de Martí*, t. II). Van hasta la orilla del mar, a despedir a los seis valerosos expedicionarios, Panchito y Máximo, hijos de Gómez. Es emocionadora y edificante la despedida del General y sus hijos. — (Nota de M. I. M.).

3 de Abril (1).

La ingratitud es un pozo sin fondo; y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretensioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

4 de Abril.

En la goleta «Brothers», tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizado, saliendo, verdoso, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador (2). Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones desiertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril; quien tuvo barcos los vende; crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es tierno amigo de un patrón

(1) «A la madrugada siguiente, andábamos en la isla inglesa de Inagua, a donde iba el Capitán para renovar papeles... A las pocas horas, era claro que el Capitán había propalado el objeto del viaje, para que las autoridades lo redimiesen de la obligación, impidiéndonos seguir viaje». *(Papeles,* carta citada). En esta preciosa disquisición examina Martí el traidor comportamiento del capitán Bastián. — (Nota de M. I. M.).

(2) Se refiere Martí a su gestión para que el capitán Bastián les devolviese el barco y el dinero.

«Obtuve del cónsul de Haití, Barbes, los pasaportes y a la mañana siguiente, aquel duro capitán, con asombro unánime, me rendía el barco que Barbes devolvió luego a Montecristi, y los $ 450.— que había recibido para sí y la tripulación». *(Papeles,* t. II). La descripción de Inagua, por la fuerza y la belleza de las pinceladas mayores y el acierto armonioso de los detalles pictóricos, nos maravilla, porque después de leerla nada queda sin saber de la triste Inagua. — (Nota de M. I. M.).

contrabandista; el capitán del puerto, ventrudo mozo, es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco; el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el «leño de la vida», que «arde como una antorcha», con su corazón duro; dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos; junto a un pilar hay un saco de papas del país; de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja blanca, de espejuelos, pamela y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallinas, hilo; la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que «su casa de recibir no es allí», donde tres hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa: tres chelines; ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo. Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés y tez de cobre, vendiendo «su gran corazón», su «pecho valiente, que sirve por dos pechos», los botines rastreros, que se saca de los pies, un gabán roto. El irá «a todas partes, si le pagan», porque «él es un padre de familias, que tiene dos mujeres», él es «un alma leal»; él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quiso poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas un policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas. Pasa el guadalupeño, de terso color de chocolate, y la cana rizosa de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero es de penca; ni bebió, ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de noche: es albañil, y contratista, y pescador. Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de sortija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro. Pasa el patrón blandílocuo (1), de lengua patriarcal y hechos de zorro, el

(1) «El patrón blandílocuo», que esculpe Martí, es el traidor capitán Juan Bastián, de nacionalidad inglesa. — (Nota de M. I. M.).

que a la muerte del hijo «no lloró el dolor, sino que lo sudó», y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es «un caballero, y conoce a los caballeros»: y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 de Abril.

David, de las islas Turcas (1), se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndosenos con la fuga de los demás; y era la goleta él sólo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo. Cocinaba él el «locrio», de tocino y arroz; o el «sancocho», de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen «*mutton-fish*», con salsa de mantequilla y naranja agria; él traía y llevaba, a «gudilla» pura — a remo por timón, — el único bote; él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él; él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca; le reían los ojos, sinceros y grandes; se le abrían los pómulos, decidores y fuertes; por los cabos de la boca, desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote; en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decirnos adiós se le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. David, de las islas Turcas.

(1) En la tarde del 5 de Abril, David, al marchar en la goleta «Brothers» para Montecristi, despide a Martí llorando.

David, de las islas Turcas, se apellidaba Cubí. Era el cocinero. Todos los tripulantes siguieron la traición de Bastián. Sólo David de las islas Turcas fué leal. David se sintió en seguida atraído por la persona del Apóstol. Este, con su extraordinario acierto idiomático, sólo con el verbo, dice el cariño que siente por aquel semejante humilde que «jamás pidió y que se daba todo».

«David, de las islas Turcas, se nos apegó». Se nos pega lo exterior y se nos apega lo del corazón. — (Nota de M. I. M.).

7 de Abril.

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo (1). El café fué «caliente, fuerte y claro». El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de *Patrie,* y el grito de una frutera que vende «¡caimite!». Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo. — «*Le bon Dieu*», y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: —«Es preciso desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje, que exigen a los pobres campesinos, como el Angel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sino acabar, «con el rayo de la luz», al *papáboco,* al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará». Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla:

(1) Los viajeros demoran en Cabo Haitiano hasta el día 9, hospedados en sitios distintos, para evadirse del espionaje. Martí, como siempre, se alberga en la casa «generosa de Ulpiano Dellundé». — (Nota de M. I. M.).

escarban, sus ojos verdes. Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice: «Mlle. Elise Etienne», Cap. Haitien; la de él, la grande, dice: «Mr. Edmond Férére-Francés». Es domingo de Ramos.

Apuntes de un viaje. — Fragmentos del pequeño volumen publicado en 1932 por M. Sanguily y Arizti con el título de «Páginas de un diario», y reeditado en 1938 por la Dirección de Cultura de La Habana, con el nuevo título de «Apuntes de un viaje», con prólogo y notas explicativas de M. Isidro Méndez, que fué siguiendo el itinerario de Martí durante 61 días del año 1895, en las repúblicas de Haití y Santo Domingo. Las notas de este capítulo son del citado Méndez. «Apuntes de un viaje» son páginas que valen por lo espontáneas y pintorescas. Demuestran, una vez más, que el estilo de Martí apenas requería retoques, que le brotaba de la pluma a compás de la marcha.

IDEARIO

1.—La tierra no se cansa jamás.

Hay propagandas que deben hacerse infatigablemente y toda ocasión es oportuna para hacerlas. La riqueza minera de difícil y casual logro, hunde las fortunas con la misma rapidez con que las improvisa. La riqueza industrial necesita larga preparación y poderosas fuerzas, sin las cuales entraría vencida en una concurrencia múltiple y temible. La riqueza agrícola, como productora de elementos primos necesarios, más rápida que la industrial, más estable que la minera, más fácil de producir, más cómoda de colocar, asegura al país que la posee un verdadero bienestar. Las minas suelen acabarse; los productos industriales carecen de mercados; los productos agrícolas fluctúan y valen más o menos, pero son siempre consumidos, y la tierra, su agente, no se cansa jamás.

Y nuestras riquezas fueron por la Naturaleza tan ricamente dotadas... Como tenemos en todas partes a la mano este agente infatigable de producción, al progreso agrícola deben enderezarse todos los esfuerzos, todos los decretos a favorecerlo, todos los brazos a procurarlo, todas las inteligencias a prestarle ayuda. El mejor ciudadano es el que cultiva una extensión mayor de tierra.

La instrucción acaba lo que la agricultura empieza. La agricultura es imperfecta sin el auxilio de la instrucción. La instrucción da medios para conocer el cultivo, acrecentarlo, perfeccionarlo; prepara un fuerte régimen político, totalmente imposible sin ella, porque el régi-

men de las voluntades no puede existir allí donde las voluntades no existen; y no existen útilmente en tanto que no existen inteligentemente.

La instrucción, abriendo a los hombres vastos caminos desconocidos, les inspira el deseo de entrar por ellos. ¿Cómo se podrá elegir el mejor arado, si no se conocen las diversas clases de arados? ¿Cómo se podrá reformar la tierra, si no se conoce la naturaleza de la tierra? ¿Cómo se podrá reclamar un derecho, si no se sabe definir su esencia?

2.—Obediencia es el gobierno.

No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto, sino el conocimiento o el genio, del detalle; el genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas las condiciones.

Han de tenerse en grado igual sumo la conciencia del derecho propio y el respeto al derecho ajeno; y de éste se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquél, porque de su abuso sólo puede venir debilidad, y de aquél puede caerse en despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear, con los dineros de la nación, beneficio a sus relaciones y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que a él le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a la virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito.

3.—Educar.

Al mundo nuevo corresponde la universidad nueva.

A nuevas ciencias que todo lo invaden, reforman y minan, nuevas cátedras.

Es criminal el divorcio entre la educación que se recibe en una época y la época.

Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido; es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive; es ponerlo a nivel de su tiempo, para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar al hombre para la vida.

4.—Educación natural.

La mente es como las ruedas de los carros, y como la palabra: se enciende con el ejercicio y corre más ligera.

Cuando se estudia por un buen plan da gozo ver cómo los datos más diversos se asemejan y agrupan, y de los más varios asuntos surgen, tendiendo a una idea común alta y central, las mismas ideas. Si tuviera tiempo el hombre para estudiar cuanto ven sus ojos y él anhela, llegaría al conocimiento de una idea sola y suma, sonreiría, y reposaría.

Esta educación directa y sana; esta aplicación de la inteligencia que inquiere a la Naturaleza que responde; este empleo despreocupado y sereno de la mente en la investigación de todo lo que salta a ella, la estimula y le da modos de vida; este pleno y equilibrado ejercicio del hombre, de manera que sea como de sí mismo puede ser, y no como los demás ya fueron; esta educación natural, quisiéramos para todos los países nuevos de la América.

5.—Las ciencias naturales.

De que el hombre halla a la Naturaleza en sí, y en ella se halla a sí, no se sigue en buen juicio sino que hay en ambos, elementos, y trances, y fines iguales. ¡Quien mide su cerebro con el de la Naturaleza no le pide perdón de haberse creído su monarca! A todo hombre debiera enseñarse, como códigos de virtud, fijadores de ideas y esclarecedores de la mente, las ciencias natura-

les. Dejan en el espíritu, con cierto desconsuelo de ser tan poco por sí mismo, cierto gigantesco ímpetu por ser miembro de la obra universal en que se colabora; y parece, cuando se acaba de penetrar uno de sus misterios, que se recibe bendición de un padre magno ignorado. La Naturaleza enseña modestia; luego de conocerla, la virtud es fácil, ya porque la vida se hace amable, de puro hermosa, ya porque se ve que todo no remata en el cementerio.

6.—Verdades esenciales.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformación y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable elegancia del que trabaja directamente en la Naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contrato con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos; que por maravillosa compensación de la Naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí y vive de pequeños goces, y teme partirlos con los demás, y sólo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va tro-

cando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera, un insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del Universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en ésas se encuentra sabor.

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno. Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la Naturaleza.

7.—Todo el que deja de hacer...

Por debajo de las obras de fantasía, como la sangre por debajo del cutis, ha de correr, si se quiere que el libro sea viable y no se desvanezca como el alcohol expuesto al aire, un sentimiento vivo o un pensamiento de valor permanente.

Las inteligencias superiores tienen el saludable horror a esas obras fáciles y brillantes, producidas sin entusiasmo y a capricho por la mera imaginación. Prefieren los espíritus profundos callar largo tiempo, a emplear sus fuerzas, como quien pinta sobre las aguas del mar, en obrillas que nada añaden al conocimiento humano, ni revelan un rincón nuevo en el corazón, ni son más que prueba fútil de la capacidad del escritor para levantar un palacio sobre una pompa de jabón. Es bello, pero es indecoroso.

Emplearse en lo estéril cuando se puede hacer lo útil,

ocuparse en lo fácil cuando se tienen bríos para intentar lo difícil, es despojar de su dignidad al talento. ¡Todo el que deja de hacer lo que es capaz de hacer, peca!

8.—La enseñanza de la agricultura.

La enseñanza de la agricultura es aun más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmulas sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de la tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso, sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear. Y quien crea se respeta y se ve como una fuerza de la Naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es sólo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen sólo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura y de un cuerpo de maestros viajeros que vayan por los campos enseñando a los labriegos y a los aldeanos las cosas del alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

9.—No debe abandonarse por descuido...

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a ésta de modo que resulte aquél favorecido, o no muy dañado.

Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas y superiores a ella por su amplitud y majestad.

Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza.

De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa.

Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente; y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, a impedir que corrompan y esclavicen la República, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud.

Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guar-

da de las libertades; y, no bien se retiran de ella, por noble altivez o pudorosa modestia, los celadores honrados, asaltan sus puestos como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa. Ni, una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

10.—Todo gobernante representa...

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbramiento, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible y oculta; y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos; y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo lo lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por

donde duerme la verdadera grandeza, que sólo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

Así aconteció que, muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la Naturaleza la insignia del poder, fué la política del partido republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes...

11.—La arquitectura de la libertad.

Catedrales debieran hacerse, porque los edificios grandiosos entusiasman, conservan y educan; pero no catedrales de ritos, a que los hombres sólo se apegan para salvar su hacienda y privilegios en esta hora obscura, y son, más que catedrales, murallas, y más que altares, parapetos; sino una arquitectura nunca vista, donde se consagrara la redención del pensamiento y fuese el entrar en ella como en la majestad, y como sublimarse en la compañía de los héroes, vaciados en bronce; ¡y las puertas, siempre abiertas!

La libertad debiera ya tener su arquitectura. Padece, por no tenerla.

12.—La expresión literaria.

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cronicones y sus décadas.

No puede haber contradicciones en la Naturaleza; la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos aparecen desunidos y hostiles. La literatura que anuncie y propague el concierto final y dichoso de las contradicciones aparentes; la literatura que, como espontáneo consejo y enseñanza de la Naturaleza, promulgue la

identidad en una paz superior de los dogmas y pasiones rivales, que en el estado elemental de los pueblos los dividen y ensangrientan; la literatura que inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y la belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y poesía, de la religión que confusamente aguarda desde que conoció la oquedad e insuficiencia de sus antiguos credos.

13.—El pueblo más grande...

Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo —que es puerto por donde los demás entrarán a dañarle la suya,— ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra, lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente.

En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana.

De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mezcla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

Pero de nuestra alma hemos de vivir, limpia de la mala iglesia, y de los hábitos de amo, y de inmerecido lujo. Andemos nuestro camino, de menos a más, y sudemos nuestras enfermedades.

 La grandeza de los pueblos no está en su tamaño, ni

en las formas múltiples de la comodidad material, que en todos los pueblos aparecen según la necesidad de ellos y se acumulan en las naciones prósperas, más que por genio especial de raza alguna, por el cebo de la ganancia que hay en satisfacerlas.

El pueblo más grande no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos, y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras. La prueba de cada civilización humana está en la especie de hombre y mujer que en ella se produce.

14.—La poesía indispensable.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara. La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida.

Ideario. — Del tomo «En Memoria de José Martí», publicado en La Habana, en 1938, por la Comisión Pro Monumento.

1. «La tierra no se cansa jamás». El pensamiento contenido en estos párrafos, lo publicó Martí en la ciudad de Guatemala en 1878. Al leerlo, he recordado palabras muy bellas —y casi desconocidas—, escritas por D. Tomás Godoy Cruz, en Mendoza, cincuenta años antes, cuando aguijoneaba a los mendocinos

para que cultivaran moreras y se dedicasen a la cría del gusano de seda.

2. «Obediencia es el gobierno», escrito en Nueva York el 12 de agosto de 1883.

3. «Educar», ídem, Nueva York, noviembre de 1883.

4. «Educación natural», ídem, Nueva York, febrero de 1884.

5. «Las ciencias naturales», ídem, ídem.

6. «Verdades esenciales», ídem, Nueva York, mayo de 1884.

7. «Todo el que deja de hacer...», ídem, ídem.

8. «La enseñanza de la agricultura», ídem, Nueva York, junio de 1884.

9. «No debe abandonarse por descuido...», ídem, Nueva York, 15 de diciembre de 1886.

10. «Todo gobernante representa...», ídem. ídem.

11. «La arquitectura de la libertad», ídem, Nueva York, mayo de 1887.

12. «La expresión literaria», del artículo sobre Walt Whitman, publicado en Nueva York el 19 de abril de 1887.

13. «El pueblo más grande...», escrito en Nueva York el 15 de diciembre de 1894.

14. «La poesía indispensable», del mencionado artículo sobre Whitman.

FRASES

El que vive de la infamia o la codea en paz, es un infame. Abstenerse de ella no basta: se ha de pelear contra ella. Ver en calma un crimen es cometerlo.

*

La gloria aumenta el infortunio de vivir, cuando se la ha de comprar al precio de la complicidad con la vileza; no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí.

*

Cuando la grandeza no se puede emplear en los oficios de caridad y creación, que la nutren, devora a quien la posee.

*

¿Cuál es la fuerza de la vida, y su única raíz, sino el amor de la mujer?

*

Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra. Los genios individuales se señalan menos, porque les va faltando la pequeñez de los contornos que realzaba antes tanto su estatura.

*

Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placerá a los privilegiados de lama baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra por grande criatura que se sea, más que arena de oro, que no volverá a la fuente de oro, y reflejo de la mirada del Creador.

*

Las redenciones han venido siendo teóricas y formales: es necesario que sean efectivas y esenciales.

*

Ni la originalidad literaria cabe, ni la libertad política subsiste mientras no se asegure la libertad espiritual. El primer trabajo del hombre es reconquistarse. Urge devolver los hombres a sí mismos...

*

¡Asesino, alevoso, ingrato a Dios y enemigo de los hombres, es el que so pretexto de dirigir a las generaciones nuevas, les enseña un cúmulo aislado y absoluto de doctrinas, y les predica al oído, antes que la dulce plática de amor, el evangelio bárbaro del odio!

*

Pueblos hay, y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Sólo los pueblos pequeños perpetúan sus guerras civiles.

*

El silencio es el pudor de los grandes caracteres; la queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está; ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

*

En una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

*

El arte, como la literatura, ni se improvisa ni se trasplanta; ni, trasplantado, da buen fruto. Para ser poderoso ha de ser genuino. En pintura, como en letras, sólo perdura lo directo. El arte ha de madurar en el árbol, como la fruta.

*

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del Universo, para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia; ¿ni quién cree que sin atraerse un castigo lógico pueda interrumpirse la armonía espiritual del mundo, cerrando el camino, so pretexto de una superioridad que no es más que grande en tiempo, a una de sus razas?

*

Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad.

*

Sólo perdura y es para bien, la riqueza que se crea y la libertad que se conquista con las propias manos.

*

El criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más alto a su señor.

*

Sobre la tierra no hay más que un poder definitivo: la inteligencia humana. El derecho mismo, ejercitado por gentes incultas, se parece al crimen. Los hombres fuertes que se sienten torpes, se abrazan a las rodillas de los hombres inteligentes...

*

La inteligencia da bondad, justicia y hermosura; como un ala, levanta el espíritu; como una corona, hace monarca al que la ostenta; como un crisol, deja al tigre en la taza y da curso feliz a las águilas y a los palomos. Del puñal hace espada, de la exasperación, derecho; del gobierno, éxito; de lo lejano, cercanía...

*

Quien intenta triunfar, no inspire miedo... Y quien intenta gobernar, hágase digno del gobierno, porque si ya en él, se le van las riendas de la mano, o de no saber que hacer con ellas, enloquece, y las sacude como látigos sobre las espaldas de los gobernados, de fijo que se las arrebatan, y muy justamente, y se queda sin ellas por siglos enteros...

*

La victoria no está sólo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla; no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente.

*

En toda palabra ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable, cuando no se pone al servicio del honor y del amor.

*

El dolor delicado y continuo, por donde el hombre se conoce y ennoblece, acendra y eleva el espíritu, que se abraza a él como a la verdadera salvación; y la cruz que ensangrentó los hombros, viene a ser el áncora con que el alma despercudida se eleva al puerto eterno. Y como el fuego con el cuarzo, que por las grietas humeantes suda el oro hermoso, así el dolor, con su llama perenne, descubre, entre la escoria, lo verdadero de la vida.

*

Sin emoción se puede ser escultor en verso, o pintor en verso; pero no poeta.

*

El lacayo muda de amo y se alquila al señor de más lujo y poder. El hombre de pecho libre niega su corazón a la libertad egoísta y conquistadora, y adivina que el triunfo del mundo, más que en los edificios babilónicos caedizos, reside en la abundancia de la generosidad, en aquella pasión plena del derecho que lleva a respetar el ajeno tanto como el propio.

*

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio.

*

Las madres lloran por todos los hombres, desde que tienen hijos.

*

La vida y la muerte se despiertan a la par cada mañana; al alba, la una afila su hoz y la otra coge su ramillete de jazmines, mordidos algunas veces de gusanos.

*

No es justo querer que en prados de mariposas pasten leones.

*

Los tiempos no son más que esto: el tránsito del hombre-fiera al hombre-hombre.

*

El espíritu humano, como la tierra, como la atmósfera, tiene capas. Las unas son de arena menudísima que el sol calienta, y, movida de vientos extraños, asciende en revueltas y brillantes columnas al sol; y son las otras de roca áspera, en que parece quebrarse impotente, como en masa intallable, el cincel divino.

*

Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido. El grano de oro ha de ser cosechado en los campos y en las almas. Corre peligro de perder fuerza para actos heroicos nuevos aquel que pierde, o no guarda bastante, la memoria de los actos heroicos antiguos.

*

Cada hombre es la cárcel de un águila; se siente el golpe de sus alas, los quejidos que le arranca su cautividad, el dolor que en el seno y en el cráneo nos causan sus garras.

*

Los desterrados saben que la tristeza que inunda el
 alma en la tierra, es el dolor mismo del destierro. Hay

almas que no saben nada de esto, porque hay almas-nubes, y almas-montes, y almas-llanuras, y almas-antros.

*

El genio enamora, aun a aquellos a quienes irrita.

*

El trabajo nutre. La pereza encoleriza y enloquece.

*

¡Líbrenos Dios del invierno de la memoria! ¡Líbrenos Dios del invierno del alma!

*

Ni de las riendas de su caballo debe desasirse el buen jinete; ni de sus derechos el hombre libre. Es cierto que es más cómodo ser dirigido que dirigirse, pero es también más peligroso. Y es muy brillante, muy animado, muy vigorizador, muy ennoblecedor, el ejercicio de sí propio.

*

La alegría es collar de joyas, manto de rica púrpura, manojo de cascabeles. Y la tristeza, pálida viuda.

*

Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

*

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía.

*

Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.

*

Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado.

*

Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, o permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado.

*

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar por que puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado.

*

Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas; el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser por lo menos tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad, como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

*

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les

roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados. Estos tres hombres son sagrados: Bolívar, de Venezuela; San Martín, del Río de la Plata; Hidalgo, de México.

*

Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz.

*

Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no querían querer; pero, ¿qué no le perdonará un hijo a su padre?

*

Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

*

Los hombres suelan admirar al virtuoso mientras no los avergüenza con su virtud o les estorba las ganancias; pero, en cuanto se les pone en su camino, bajan los ojos al verlo pasar, o dicen maldades de él, o dejan que otros las digan, o lo saludan a medio sombrero, y le van clavando la puñalada en la sombra.

*

El hombre virtuoso debe ser fuerte de ánimo y no tenerle miedo a la soledad, ni esperar a que los demás le ayuden, porque estará siempre solo, ¡pero con la alegría de obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en la claridad!

*

Y escribía como hablaba [1], con la letra fuerte y desigual, llena de chispazos de tinta, como caballo que lleva de jinete a quien quiere llegar pronto, y va levantando el polvo y sacando luces de la piedra.

*

En la cruz murió el hombre en un día; pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días.

*

Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creía con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena.

*

Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto en su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora, sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo...

 (1) El padre Las Casas.

*

Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura, de modo que no quede el decoro de un solo hombres lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y en contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino el profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: esos son los deberes y los intentos de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva república...

*

Lo que importa no es que nosotros triunfemos, sino que nuestra patria sea feliz. Pues, ¿para qué se es hombre honrado, para qué se es hijo de un pueblo, sino para tener gozo en padecer por él y en sacrificarle hasta las mismas pasiones grandiosas que nos inspira?

*

¡Aquí hemos aprendido a amar aquella patria sincera donde podrán vivir en paz los mismos que nos oprimen, si aprenden a respetar los derechos que sus hijos hayan sabido conquistarse; donde podrán vivir en amor los esclavos azotados y los que los azotaron!

*

¡La tiranía no corrompe, sino prepara! ¡Qué cólera la de un pueblo forzado a acorralar su alma!

*

Dicen que es bello vivir, que es grande y consoladora la Naturaleza, que los días, henchidos de trabajo dichoso, pueden levantarse al cielo como cantos dignos de él, que la noche es algo más que una procesión de fantasmas que piden justicia, de mejillas que chispean en la oscuridad, de hombres avergonzados y pálidos. Nosotros no sabemos si es bella la vida. Nosotros no sabemos si el sueño es tranquilo. ¡Nosotros sólo sabemos sacarnos de un solo vuelco el corazón del pecho inútil, y ponerlo a que lo guíe, a que lo aflija, a que lo muerda, a que lo desconozca la patria!

BIBLIOGRAFIA DE MARTI

Cuba. — Tomo I. Wáshington, 1900.
Cuba. — Tomo II. La Habana, 1901.
Los Estados Unidos. — Tomo III. La Habana, 1902.
En los Estados Unidos. — Tomo IV. La Habana, 1905.
La Edad de Oro. — Tomo V. La Habana, 1905.
Hombres. — Tomo VI. La Habana, 1908.
Nuestra América. — Tomo VII. La Habana 1909.
Norteamericanos. — Tomo VIII. La Habana, 1909.
Nuestra América. — Tomo IX. La Habana, 1910.
Amistad Funesta. — Novela en colaboración con Adelaida Baralt. Berlín, 1911.
Crítica y Libros. — Tomo XIII. La Habana, 1914.
Cuba. — Tomo XV. La Habana, 1919.
Epistolario. (Revista Martiniana). La Habana, 1921 a 1926.
Discursos. — La Habana, 1923.
Cartas inéditas. — La Habana, 1925.
España. — La Habana, 1926.
Poesías. — La Habana, 1928.
Artículos desconocidos. — La Habana, 1930.
De la Vida Norteamericana. — Buenos Aires, 1930.
Versos de Amor. — La Habana, 1930.
Epistolario. — 3 volúmenes. La Habana, 1930 a 1931.
Flores del Destierro. — Versos. La Habana, 1932.
Papeles de Martí. — 3 tomos. La Habana, 1933-35.
La clara voz de México. — Dos partes. México, 1933 a 1936.
Un documento desconocido de Martí. — La Habana, 1936. (Boletín del Archivo Nacional).
Apuntes de un Viaje. — La Habana, 1938.

Existen, además, varias compilaciones de autores diversos, de artículos, discursos y fragmentos, y las

TRADUCCIONES:

Antigüedades Clásicas (Griegas).—Appleton; Nueva York, 1883.
Antigüedades Clásicas (Romanas). — Idem.
Nociones de Lógica, por Stanley Jevons. — Nueva York, 1885.
Misterio. — Novela de Hugo Conway. Nueva York, 1886.
Ramona. — Novela por Helen Hunt Jackson. Nueva York, 1888.

(Toda labor de desterrado que gana en país extraño su pan con dignidad. Y el que sepa lo que es vivir de traducciones y artículos periodísticos, que se ahorre el comentario.)

ORACION VOTIVA

(AL MAS TRISTE DE TODOS LOS TRISTES)

¡Martí!, Rabino dulce y triste: Galilea
Tuvo a Jesús, el hombre que predicó en la aldea
Su mansa doctrina de amor.
Aquellos pescadores sencillos de Judea
Oyeron sus parábolas, y germinó la idea
Del visionario Redentor.

Y al prender la simiente del mito en las tranquilas
Almas de los Apóstoles, desde un rumor de esquilas
A un reposado dialogar
En doctas sinagogas de levitas en filas,
Llevó Jesús la clara visión de sus pupilas,
Hondas, a fuerza de soñar.

Y cuando floreció sobre el Gólgota impío
La alba flor de su cuerpo exangüe, gritó: ¡Dios mío,
Por qué me abandonaste!... Y, luz
Celeste su espíritu, subió al cielo sombrío,
Y triste, y espantado del horrendo vacío
Se resignó sobre la cruz...

Tú también fuiste triste, Martí. Tú también fuiste
Inmensamente triste. Una aureola te viste
De luminoso resplandor.
¡Y en el instante trágico y absurdo en que caíste,
Nadie enjugó tu herida, ni un corazón tuviste
A quien confiarle tu dolor!

Por eso no es mi verso un canto de epinicio
Sino un himno votivo a tu hondo sacrificio
De todo anhelo terrenal;
Que no hubo humano escollo, ni amor, ni sacrificio,
Ni súplica, ni ruego, ni amor, ni maleficio
Que se opusiese a tu ideal.

Castraste en tu alma virgen toda sed de pasiones,
Peregrinó tu planta por todas las naciones
Llevando a cuestas el zurrón.
¡Mendigo de justicia, romero de ilusiones,
Desfacedor de entuertos, rimador de emociones,
Fuente de pura devoción!

Nadie como tú supo de todas las tristezas,
De todas las angustias; espinas y malezas
Se conjuraron contra ti.
Dios, perdonaste todas las humanas vilezas,
Hombre, no te embriagaron las humanas grandezas,
Padre y liróforo Martí.

Y aquí estuvo tu fuerza: en tu dolor intenso.
¿Qué abismo más abismo que tu alma, qué denso
Límite más que tu dolor?
¿Dónde hallar otro ejemplo de sacrificio, inmenso,
Como el tuyo, que fuiste para la patria incienso
Que ardió en la pira del amor?

Nostálgico, errabundo, proscripto, silencioso,
Trágico, mendicante, sintiendo el oprobioso
Yugo de esclavo en la cerviz;
Pálido como un Cristo, enjuto y ojeroso;
Eras, más que árbol, leño de dolor, seco, añoso;
¡Y, más que flor, eras raíz!

(No se puede ser dios sin vencer el humano
Lobo de las pasiones: Jesús no tuvo hermano;
Su sacrificio no midió
El dolor de la Virgen María; clamó en vano
La Magdalena; estéril a todo amor profano,
Sólo a su mito se ofreció.)

La Patria fué tu dogma, tu dolor, tu tristeza;
En la cripta sagrada de tu augusta cabeza
Anidó el águila caudal;
Y fueron aguiluchos de mágica belleza
Tus pensamientos, aves de olímpica grandeza,
Inmaculada, espiritual.

La amplia comba socrática de tu frente, tenía
Sombras de noche, nubes de atardecer, y luz de día
En misteriosa conjunción;
¡Pero siempre una augusta regia melancolía
De un dios que reza y llora, de un Cristo en agonía,
De un monje o santo en oración!

Pero te hundiste, Padre, en el negro infinito
De la muerte, tan pronto como lanzaste el grito
De nuestra heroica rebelión.
Como Jesús, te fuiste sin ver triunfar tu mito;
Triste, como viniste, santificaste el rito
Con sangre de tu corazón...

ENVIO:

Por todos los dolores que en el mundo sufriste,
Por toda la retama amarga que bebiste,
Pongo este lauro en tu Belén.
Porque en Belén naciste, rabino dulce y triste.
Ruega por nuestra Cuba por quien todo lo diste
(Y por mí, que soy triste, como tú, Padre). Amén.

HILARIÓN CABRISAS.

(Del libro «La Caja de Pandora», que los amigos de Hilarión Cabrisas acaban de publicar en La Habana como un homenaje a la memoria del gran poeta recientemente desaparecido.)

INDICE

Prólogo 5
San Martín 23
Bolívar 35
Wáshington 45
Emerson 59
Longfellow 77
Cecilio Acosta 81
Las ruinas indias 85
Apuntes de un viaje 97
Ideario 127
Frases 139
Bibliografía de Martí 151
Oración votiva 153

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS
TALLERES GRAFICOS ARSOPE
CERRITO 1533/41
BUENOS AIRES
EL DIA
30 DE ABRIL DE 1945

EDITORIAL SOPENA
ESA
ARGENTINA S. A.